

Crónica de ambos Mundos.

REVISTA QUINCENAL

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS, INDUSTRIA Y COMERCIO.

AÑO II.

JUEVES 10 DE OCTUBRE DE 1861.

NÚM. 19.

SUMARIO.

Estudios sobre la Marina militar española, por D. Justo Gayoso.—*Los ingleses. Estudio sobre la vida y costumbres del pueblo bajo de Londres*, por D. J. S. Bazan.—*El espíritu de sistema. Rápida ojeada sobre Extremadura: su pasado, su presente y su porvenir*, por D. V. M.—*Nuestra marina de guerra*, por D. Waldo Gimenez Romera.—*Asociacion. Los campesinos. Viaje del capitán Burton á los lagos de Africa central y á los Manantiales del Nilo. El bálsamo de las penas*, por Doña Angela Grassi.

ESTUDIO SOBRE LA MARINA MILITAR ESPAÑOLA. POR D. JUSTO GAYOSO.

II.

Grande, importante, trascendental, es por cierto el objeto que se ha propuesto el autor del libro en cuyo examen nos ocupamos, mereciendo por lo mismo, que este examen sea tan concienzudo y detenido, como el asunto y el mérito del libro lo reclaman. Ya en nuestro primer artículo hemos hecho ver toda la importancia de tan precioso é inestimable libro, y procurado no enaltecerle, pues esto no lo necesita, sino llamar sobre él la atención de todos cuantos en nuestra patria siguen, con ojo celoso, los adelantos de esta nación, tan digna por su pasado glorioso, de un presente mas afortunado.

De desear sería que personas mas autorizadas diesen con su asentimiento mas y mas valor á las aseveraciones que el Sr. Gayoso ha estampado en las concienzudas páginas de su obra, de desear sería que cuantos deploran la triste organizacion de nuestra armada uniesen su voz á la del señor Gayoso para estirpar de una vez el cáncer que devora la Marina española, y torna infructuosos cuantos esfuerzos se hacen por levantarla á su antiguo esplendor y á su prosperidad pasada; pero ya que nosotros no podemos echar en la balanza, ni el peso de una autoridad que no tenemos, ni el de un saber que echamos de menos, precisamos siquiera hacernos eco de sus palabras, juzgar con sus juicios, y condenar cuando él condena; porque es indudable que el autor de los *Estudios* ha descendido á tales detalles, usa un lenguaje tan franco y sencillo, que la verdad salta á todos los ojos, y la conocen todos.

Esto ha sido preciso: los abusos no se destruyen sino atacándolos de frente, para que la conviccion llegue á todos los ánimos, es necesario que la verdad se vista un traje claro y sencillo, y en esto el Sr. Gayoso anduvo acertado. Pero no es este solo su mérito, intentar decir la verdad es decir la ya, enunciarla, señalar el abuso, delatarlo á todas las miradas es herirlo de muerte, y por lo mismo, si los males de que adolece la Armada estaban latentes y todos, todos los conocian al hablar de las matriculas de mar se estremecian; cuantos saben el daño que al comercio, á la marina de guerra, y sobre todo á los infelices marineros trae tan tiránica manera de proveer á la Armada de buenos marineros; si, en fin, casi todos los defectos y todos los vicios que en el libro se señalan como perjudiciales á nuestra Marina de guerra, y por lo mismo á nuestra Marina mercante, estaban en todas las conciencias; si la queja, si la

censura estaba en todos los labios y nadie se atrevia á pronunciarla, mérito grande ha sido el del Sr. Gayoso que ha sabido formular esas quejas y motivar esas censuras.

Echase de ver desde luego que el autor del libro de que nos ocupamos, es persona competente y conocedora de las cosas de que trata, y que ni la pasión le ciega, ni le guía mas sentimiento, que el noble, el santo amor á la patria, cuya grandeza y prosperidad todos deseamos.

Empieza dándonos á conocer lo que, con tanta gracia como precision, ha llamado *romántica variedad* de la Armada, puesto que constanding de 114 buques estos se dividen en 64 clases; abuso monstruoso é incalificable, que no será nunca bastante anatematizado. Los perjuicios que de tan espantosa confusión se siguen son bien obvios, ¿cómo se ha de reparar con poco gasto y sin perdida de tiempo la avería que sufra un buque del Estado, si es necesario para ello que en nuestros arsenales se tengan acopios de pertrechos para 64 clases de buques, y para 33 de máquinas de forma, capacidad y potencia desiguales?

Apenas se concibe cómo durante veinte años casi, se estuvieran malgastando de este modo los inmensos sacrificios que la nación hizo para poseer una Marina, que para nada sirve, como se ha visto no ha mucho, y cuya reforma radical y pronta, tan necesaria es, si hemos de salir del espantoso caos en que se halla.

El Sr. Gayoso apunta ya en su libro, que es lo que tiene que hacerse para conseguir este objeto y nosotros lo mismo que él conocemos cuanta ventaja traeria al Estado la reduccion de clases de buques, reduccion que permitiría, entre otras muchas cosas dignas de tenerse en cuenta, saber por fin á cuanto asciende el coste de cada buque que se construye; esto simplificaría la contabilidad y la administracion y haria en lo adelante imposibles los abusos. De desear sería que el gobierno meditase en esto, y que teniendo en cuenta los grandes ahorros que método tan fácil y sencillo permitiría introducir en la construcción de buques, procurare poner término al despilfarro inherente al método que hoy se sigue para dicha construcción. No sucedería además, como parece sucedió hace poco que tratándose de construir un vapor de fuerza de cien caballos, y habiendo por lo mismo pedido la máquina, se halló que, segun nos aseguraron los constructores se habian equivocado y construido un buque en el cual no cabia la máquina en cuestion, y el Estado que creia poseer un vapor de fuerza de cien caballos, tuvo que contentarse con uno de ochenta. Ignoramos si esto ha sucedido mas de una vez; pero basta con que solo esa vez sucediese para que lamentemos profundamente, que no se siga el fácil método del señor Gayoso, ú otra cualquiera que trajese iguales ventajas. Otra cosa es y será siempre una torpeza insigne, y no podrá España tener nunca una Armada que en los momentos supremos sirva para otra cosa que para trasportes.

Siendo el objeto del autor del libro que nos ocupamos hacer ver cual es el estado de la marina de

guerra, cuales son los obstáculos que impiden su desarrollo, y cuales las reformas que hay que hacer en todo cuanto á ella concierne, escusado es decir que se ocupará de las maestranzas, nos dirá cuales son los defectos de su constitucion y cuales sean los medios mas oportunos que el gobierno debe adoptar, para tener un plantel de activos é inteligentes operarios españoles, que nos libren de la vergonzosa necesidad de enviar á Inglaterra, y bajo condiciones onerosísimas para el Estado, por ciertos operarios que fácilmente podian buscarse entre nosotros, si en todo no sucediese, lo que el autor del libro, nos cuenta respecto á la clase de maquinistas, á quienes se llama por el Estado, con tan mal castellano, como despreciativo desden, hacia aquella digna clase, *conductores de máquinas*. El Sr. Gayoso entra en grandes detalles, acerca de la organizacion actual de las maestranzas, pero no le seguiremos nosotros en sus investigaciones, porque reclama nuestra atencion, otra cuestion mas alta, otra cuestion mas humanitaria, que está enlazada con el comercio, que hace esclavos del Estado á los desdichados marineros, que ata á la marina mercante y no la permite vivir con desahogo, de la cuestion de matrículas, en fin, tantas veces examinada, nunca resuelta como el interés general, como la humanidad, y sobre todo como la justicia reclama y los infelices matriculados tienen derecho á exigir.

Sabido es que uno y otro dia se ha clamado contra semejante abuso, que se han levantado voces elocuentes, para condenar tan torpe como injusto medio de proveer de marineros á la Armada, sabido tambien que el comercio, y sobre todo los armadores de buques y dueños de fábricas de salazon que son los que mas directamente sienten los males de tan absurdo sistema, se han pronunciado contra él, y que no hay dia, ni ocasion propicia en que no reclamen su reforma radical, pues lo existente lo creen perjudicial á sus intereses y á los intereses del Estado. Pues bien, las *matrículas* han tenido y tienen sus defensores: á la sombra de ese sistema opresor y torpe hay creados intereses, ¡qué extraño que no todos hallen preferible la justicia á la iniquidad, el bien al mal! Una sola razon debia darse á los que desean perpetuar tan desgraciado estado de cosas, la de que creándose con las *matrículas* una especie de esclavitud en daño de una clase la mas pobre y desvalida y viviendo por fortuna en un siglo, en que todo asomo de servidumbre es mirado con horror, un simple espíritu de equidad y justicia, encuentra preferible todos los males posibles á hacer pesar sobre una sola clase, mas cargas de las que los demás ciudadanos contribuyen á sostener. En estos momentos es cuando se conoce, cuanta generosidad encerraban aquellas palabras de: *perezcan las colonias y sálvense los principios!* y al mismo tiempo cuan noble protesta son contra todas las injusticias que el ciego error y el torpe interés individual contribuyen á sostener.

Pero, ¿es acaso que en favor de los que defienden las *matrículas* militan tales razones, que no sea posible dejar de atenderlas? no por cierto. En favor de las *matrículas* nada hay verdaderamente digno de atencion, en contra todo. Hay la esperiencia, hay la historia, hay la confesion de personas conocedoras, hay las quejas eternas de la marina mercante, hay en fin las elocuentes lágrimas de los matriculados y la indignacion que al solo nombre de matrículas sentimos todos cuantos hemos nacido orillas del mar y conocemos la triste, precaria y azarosa vida del marinero y su familia.

La esperiencia nos lo enseña; ahí está el esplendor y prosperidad á que han llegado en Inglaterra y los Estados-Unidos la marina de guerra y la mercante, esplendor y prosperidad que deben á que ambas naciones no se conoce ese deletéreo sistema de ma-

trículas, siendo de notar, que siempre que en la primera de ambas naciones se ha querido, para evitar otros males y otras injusticias, recurrir á las matrículas demar, se ha opuesto siempre el parlamento á semejante reforma entre otras cosas, y para nosotros la primera y mas esencial por que en aquel pais digno de envidia se profesa un santo y verdadero á amor la libertad individual.

La historia por su parte viene á ponerse de parte de los que ansian el momento de ver libre de tal servidumbre á los marineros, mostrándonos en sus elocuentes páginas, que las matrículas, que á imitacion de Francia se habian establecido para dotar á nuestros buques de guerra de buena marineria, fueron estériles en buenos resultados y pródigos en desastres. Todos saben lo que pasó en el desdichado combate de Trafalgar, pero aun no se ha dicho bien claro, que en parte se debe tan inmensa desgracia á nuestras propias faltas. La tripulacion de nuestros buques estaba en parte mareada y se componia de gente de leva terrestre, si podemos decir así y de soldados de la última quinta que segun un historiador inglés, cuando se les mandaba á reparar las averias que habia sufrido el aparejo, pedian de rodillas que se les fusilase. Esto prueba que á pesar de los tercios navates, han ensalzados, estos no daban el suficiente número de marineros para atender á las necesidades de nuestra armada. El por qué sucedia esto lo explica bien claro el Sr. Gayoso y si no lo repetiremos aquí, no es seguramente por que no estamos conformes con ellas en un todo.

De los daños incalculables que se siguen á la marina mercante y por lo mismo al comercio, sosteniendo las matrículas, es escusado hablar; en la conciencia de todos estan, y el gobierno mismo ha venido en cierto modo, á darles sancion oficial digámoslo así, permitiendo, que los armadores de buques de Ultramar puedan admitir marineros filipinos y *extranjeros* y admitiendo voluntarios terrestres para el servicio de vapores de la armada, lo cual demuestra evidentemente, dice el Sr. Gayoso, la consuncion de esas decantadas matrículas, que desde la ley de reemplazos de 50, á pesar de sus fueros, á pesar de los buenos sueldos, á pesar del valor de la pesca bajaron en unos diez ó once mil inscriptos.

Pero, ¿á qué cansarnos? sin necesidad de recurrir al ejemplo de lo que pasa en Inglaterra y demás naciones, en donde no se conoce semejante absurdo sistema; tenemos en nuestra España el ejemplo vivo de las ventajas que reportaria á nuestro comercio y á nuestra nacion la abolicion de las matrículas y del privilegio de la pesca, establecido en favor de los matriculados. En las Provincias Vascongadas, que goza en todo de una libertad que tan querida les es, puesto que no dudaron en defenderla en tantos combates, en que peligraron las libertades patrias, que ellos atacaban por defender sus fueros, es decir, sus libertades, en dichas provincias, repetimos, el tercio naval vascongado, es mayor que los tercios del Ferrol, Vigo y Santander, «cuyas costas, pueblos y poblaciones incomparablemente mayores,» lo cual prueba que en las Provincias Vascongadas, lo mismo que en todas las naciones donde la navegacion y la pesca son libres, el comercio crece, se pueblan las comarcas marítimas, y la industria levanta su vuelo y alcanza una prosperidad tal, como apenas sueñan estos desventurados paises, cuyos gobiernos se toman el trabajo de dirigir los intereses particulares, que saben pasarse admirablemente, sin semejante opresora tutela.

No insistiremos mas en esta cuestion: los partidarios de la libre navegacion y de la libre pesca, los enemigos de las matrículas son numerosos, y su triunfo está cercano. Confesemos que el Sr. Gayoso, con un buen deseo que alabamos, con una copia de

datos numerosa, ha dado el golpe de gracia á tan in-calificable sistema, él, como nosotros, como todos los que conocen en lo que estriba la decadencia en que se halla nuestro comercio marítimo, sabe muy bien, que en esta útil y saludable reforma, se encierra el venturoso porvenir del poder marítimo en nuestra patria.

Consuélese el Sr. Gayoso si su alma padece al ver cuántas y cuán poderosas trabas embarazan la marcha de la humanidad hácia su comun ideal; él ha hecho cuanto era dable por librar de la servidumbre á esos desgraciados seres, cuya azarosa vida conocemos cuantos hemos visto luchar uno y otro día, con el despiadado elemento en que viven, sus esfuerzos son nobles, ha depositado en la tierra la buena semilla, y aun no ha sucedido que los nobles esfuerzos queden sin lograrse, que las buenas semillas no fructifiquen

MURGUIA.

LOS INGLESES.

Estudio sobre la vida y costumbres del pueblo bajo de Londres.

POR. D. J. S. BAZAN.

POBRES Y CRIMINALES.

SUS GUARDIAS.

II.

La estricta observancia de las reglas de la higiene pública y privada es una de esos cuestiones trascendentales que no podrían llevarse con demasiada frecuencia al terreno de la discusion.

Aires puros y regeneradores, habitaciones espaciosas y bien ventiladas, abundancia de agua, alimentos sanos y variados, fragantes jardines, parques frondosos, campos ricos de vegetacion, ejercicios frecuentes al aire libre; todas estas cosas conducen á la salud, al bienestar del hombre y á la prolongacion de la vida; casi todas ellas están al alcance del mas miserable, porque Dios las ha prodigado por igual á todas sus criaturas, pero no obstante, cuán pocos son los que conocen su verdadero valor y las disfrutan en toda su plenitud.

El aumento de la poblacion y la consiguiente prosperidad nacional, la conservacion de las buenas cualidades y la mejora de la raza, y la felicidad de un pueblo dependen en gran parte de la salud pública y privada.

La hermosura de la raza anglo sajona, su energia y vigor, su industria y perseverancia y el espíritu de orden que la caracteriza, se deben principalmente á las condiciones físicas de su país y á sus hábitos y costumbres. El desarrollo físico es cultivado tan esmeradamente en las universidades de Oxford y Cambridge, como el desarreglo intelectual. El amor de los ingleses por la ventilacion, los ejercicios ecuestres, las escursiones al campo, el juego de pelota, el de la barra; su aficion á la navegacion, la caza de la zorra, el ciervo y el venado, las carreras de caballos, la alqueria, practicada hoy en Inglaterra como en los tiempos que representa el drama intitulado *La Alqueria de Bretaña*, el pugilismo y los viajes son proverbiales y bien conocidos de todo el mundo.

Los pintorescos lagos de Suiza é Italia, las costas británicas, los rios de su país natal, los del Africa, el Asia y la América, los mares todos, se hallan, en fin, cubiertos con sus buques de recreo, mercantes ó de guerra.

Byron dice en uno de sus poemas inmortales que hay en la cima de las montañas un manantial de vida, que la pereza no podrá conocer jamás.

Los ingleses son los primeros *touristas* de la tierra, y sus ascensiones y aventuras en los Alpes, han hecho para siempre famosas estas montañas. Sus ciudades estan llenas de *squares* ó plazas con jardines, que son como los oasis en medio de los desiertos, sus residencias estan embutidas en vergeles y arboledas, y sus habitaciones estan perfectamente ventiladas como las cofas de sus navios de tres puentes.

Un dormitorio sin ventilacion es concebido tan difícilmente por un hijo de Albion como una casa sin puertas. Nuestras alcobas son á sus ojos calabozos tan horribles y malsanos como la famosa prision de la Torre de Londres, donde el infortunado Walter Raleigh arrastró sepultado en vida trece años de su miserable existencia. Esta espantosa cueva debió sin duda servir de modelo á esos dormitorios españoles sin ventilacion, en que se ve uno obligado á respirar su propia contaminada atmósfera durante las calurosas y eternas noches del verano español.

Nunca olvidaré yo las que pasé en Madrid en el estío de 1860. Jamás me he creído mas próximo á terminar mis días asfixiado. Recien llegado de Londres, y alojado por mi mala estrella en una de esas abominables alcobas, pensé mas de una vez morir de una sofocacion. ¡Cuántas noches sin sueño tuve que arrojar me de la cama y salir á la adjunta sala de recibo en busca de un poco de aire que respirar, con el mismo afán que si acabase de salir del aparato neumático! Dios perdone á los arquitectos españoles la intensa agonía que me hicieron sufrir hasta que comié abruptamente de domicilio. ¿Cómo es posible que posea pulmones sanos un pueblo que se supulta vivo en tales sepulcros?

Para que pueda comprenderse bien la importancia nacional de esta cuestion que yo abordo tan ligera é irreverentemente, bastará consignar aquí algunos hechos relativos á la disminucion que se observa últimamente en la mortandad de los hospitales y los cuarteles ingleses, desde que se adoptó el nuevo sistema de ventilacion y se pusieron en práctica otras medidas higiénicas no menos eficaces.

Las muertes en los primeros ocurrían antes á razon de 20 por 100; la cuota hoy ha quedado reducida á 8 por 100. El resultado obtenido en los segundos, es todavia mas prodigioso: 17 soldados morían todos los años en Inglaterra por cada 1000 mozos llenos de vida y salud, que se dedicaban al servicio militar contra 8 por el mismo número que fallecian entre la misma clase de los paisanos, antes que lord Herbert, últimamente ministro de la Guerra y al cual trata de erigirle una estatua la Inglaterra agradecida, introdujese sus saludables é higiénicas reformas en los cuarteles. Un batallon entero salvó esta al ejército inglés en 1859. Vano sería encomiar la importancia trascendental de la higiene pública y privada en presencia de tan elocuentes hechos.

Después de conocerlos, no parecerá al lector increíble lo que dice Mr. Chadwick en su informe á la comision de pobres sobre el distrito de Benthall-Green. En este documento oficial se consigna el hecho inaudito de que el término medio de la vida de la clase pobre en dicho distrito no excede de 16 años de edad. Es verdad que este informe se escribió en 1842; pero no lo es menos que existen en la actualidad diversos barrios en Londres cuyas condiciones sanitarias son tan malas ó peores que las de Benthall Green en la época á que se refiere el informe.

Si se consideran, por otro parte, las condiciones de nuestra existencia, no se extrañará que la violacion de las reglas higiénicas cause tan terribles estragos. El hombre espira en estado normal veintiuna onzas de vapor diariamente, y su salud se quebranta tan luego como el gas carbónico, el hidrógeno y las otras sustancias volátiles y animales que contienen nuestros pulmones, no son cambiadas con la requerida frecuencia por aires puros y oxigenados. De ahí la imprescindible necesidad de que estos se renueven á menudo, lo cual no puede verificarse en sitios y habitaciones mal ventiladas.

Nuestros pulmones estan ocupados constantemente por 170 pulgadas cúbicas de aire. Fácil es por lo tanto comprender que una vez corrompido esta masa de aire, debe ser injuriosa á la parte mas vital de nuestra organizacion.

La salubridad pública es, á pesar de todo, en Inglaterra mayor que en ninguna otra nacion de Europa. En 1859 murieron en Francia 311, 383 personas mas que en este país, teniendo en cuenta la diferencia de poblacion. En el mismo año nacieron en el reino unido 23,054 criaturas mas que en el vecino imperio.

Un pueblo como un individuo, es menos irritable, mas inteligente y mas enérgico, cuando goza de buenas condi-

ciones de salud, que cuando se halla bajo la influencia desagradable del mal físico.

En Inglaterra se ha comprendido perfectamente la importancia de la higiene pública y privada, y se hacen esfuerzos extraordinarios para estender sus beneficios, á todas las clases sociales; pero estos no han alcanzado todavía sinó muy parcialmente á la que es objeto de esta obra. Las medidas adoptadas al efecto en la última década para mejorar la condicion de los pobres, no han dejado de producir resultados tangibles. Pero los progresos hechos en sus barrios y habitaciones, no han marchado paralelamente con las mejoras que se observan en la salubridad pública de los distritos habitados por la clase media y los ricos.

Los habitantes de Inglaterra propia y el condado delegales viven ahora en mejores, mas ventiladas, mas espacia-sas y mas saludables habitaciones, que hace diez años. En 1851 se albergaban sus 17,927,609 almas en 3,278,039 casas; en la actualidad ascienden sus habitantes á 20,061,725, y ocupan 3,745,463.

El aumento de poblacion que se observa en las grandes ciudades, al mismo tiempo que disminuye en las pequeñas, es una prueba evidente de las mejoras hechas en sus condiciones higiénicas.

Este aumento ha ascendido á 440,798 almas, solo en Lóndres, en los últimos diez años. El número de pobres ha aumentado tambien en sentido absoluto; pero ha disminuido relativamente al aumento de la poblacion. En 1851 ascendian á 860,893; en 1861 suben á 890,485. El aumento de 29,550 no está, sin embargo, en proporcion con el de la poblacion, que ha sido de 2,154,116 habitantes. La baja es, por lo tanto, demás de un tres por ciento; púessi el aumento de los pobres hubiera marchado en proporcion con el crecimiento de la poblacion, ascenderian estas ahora á 964,000.

Este hecho es altamente consolador: porque si el aumento de la poblacion llevase consigo un aumento proporcionado de pauperismo, el porvenir de Inglaterra sería de desesperado y su paradero ese golfo de miseria y sufrimiento que han visto en su fantasia esos pensadores míopes y escépticos que dudan de la bondad infinita de la Providencia y no sienten impulsada su alma por la mano invisible que conduce las sociedades humanas á la perfectibilidad.

Lo que se ha avanzado en esta línea no ha servido, sin embargo, mas que para descubrir el camino inmenso que falta que recorrer todavía. Las habitaciones del pueblo bajo, su condicion moral, se han mejorado algo; pero relativamente á lo que falta que hacer, lo que hasta ahora se ha hecho no es mas que una gota de agua en el océano, un átomo de la tierra, un punto invisible en los espacios incommensurables.

Solo viéndolas puede formarse una idea adecuada del horror de las guaridas del pueblo bajo de Lóndres.

Durante su permanencia en esta capital, Cavour, en cuya cabeza bullía ya la idea de regenerar un pueblo digno de ser libre y crear una gran nacion, quiso visitar personalmente algunos de estos focos de podredumbre social, y se hizo conducir una noche por varios agentes de la policia á uno de los distritos marcados con tinta negro en el mapa de esta metrópoli; pero apenas hubo entrado en dos de sus inabundables ántros, renunció á continuar internandose en estas regiones tan peligrosas de esplarar como las inhospitalarias soledades de las Siberias, ó las agrestes espesuras del Africa central.

«Regiones de dolor, sombras dolientes,
Donde ni la paz ni la quietud habitan» (1)

La confusiones y el desconcierto y el desorden que reinan en estas oscuras regiones, pueden ser admirablemente descritos en estos magníficos versos del infierno del Dante:

«Diuerse voci e orribili favelle,
Parole di dolore, accenti d'ira,
Voici alte e fioche, e soundiman con elle
Facevanno un tumulto il qual S'aggira

(1) Milton. Paraiso Perdido.

Sempre in quell, aura senza tempo tinta,
Como la rena quando á turbo spira.»

Para poder concebir la existencia real en la tierra de un infierno tan horroroso como el imaginado por el Dante, basta solo visitar algunos de estos barrios de triste celebridad europea.

Su poblacion es inmensa, sus calles son estrechas y tortuosas, sus casas parecen cuevas de ladrones, al lado de las cuales podría figurar como una habitacion decente la ratonera en donde metieran á Gil Blas los salteadores de caminos; el aspecto que presentan es sucio, negro y ruinoso. Tabernas mugrientas, burdeles de prostitutas, nauseabundos bodegones, infames casas de huéspedes donde viven, comen, y duermen juntos hombres, mugeres y muchachos de ambas sexos, cavernas de ladrones, donde estos y los rateros, los mendigos, los lisiados fingidos, los barrenderos, las mas abyectas ramera y los escapados de las prisiones, reparten su botín, celebran sus conciliábulos, sus bacantes horribles y sus diabólicas fechorias; callejuelas estrechas, llenas de mugeres sucias, haraposas, medio desnudas; muchachos destinados al crimen por sus criminales padres con el sello del réprobo sobre la frente y una espresion de precocidad en sus fisonomias que revela al criminal de profesion y al futuro asesino y le hace á uno llevar instintivamente la mano al bolsillo del reloj; borrachos dando tumbos, que insultan y atacan á las personas decentes que penetran en sus vedados distritos con el objeto de practicar una obra de caridad ó de estudiarlos, denunciar sus abominaciones y sugerir medidas para introducir en ellos mejoras. Sus calles son hediondas estagnias, lodazales increíbles receptáculos en fin, de toda la materia prútrida que supura este monstruoso cuerpo social compuesto, de tres millones de individuos, en que temen en go farse hasta los mismos agentes de esta admirable policia, la mas intrépida, la mas eficaz, la mas respetada, y la mejor organizada de Europa.

La atmósfera de estos distritos está en armonia con el estado físico y moral de sus habitantes. Pesada como el plomo y hedionda como aguas eorrompidas; á acarrearían sus miasmas deletéreos una epidemia todos los años á Lóndres si el clima de esta capital no fuese, como es, un clima húmedo y frio.

Los ingleses, que se gastan anualmente millones y millones esterlinos en hacer la propaganda religiosa y establecer misiones en todos los puntos de la tierra, deberían en conciencia, puesto que la caridad debe empezar por la propia casa, invertir una parte de tan inmensa suma en mejorar la condicion de esta clase desheredada, miserable fue a de toda ponderacion, y villosa é ignorante hasta un punto que no se concibe en medio de los esplendores de la civilizacion y a la luz de un cristianismo que esta fecundando é iluminando el universo con sus celestiales y vivisimos resplandores. La accion de cristianizar y civilizar los beduinos de esta metrópoli, sería á los ojos de la religion una accion mas meritoria que la de convertir salvages en América, Asia ó Africa.

Es verdad que xiste con este objeto una mision en la Cité compuesta de 270 misioneros con unos ingresos de dos ó tres millones de reales al año; pero no lo es menos que esta mision es insuficiente para ejecutar la hercúlea tarea de limpiar de monstruos esta capital.

Una mision en Lóndres! esclamarán mis lectores al leer esto. Si cavos benevólos lectores, una mision en Lóndres, ni mas ni menos que si se tratara de la cafreria, ó de la Nueva Zelandia. Y no obstante, no podría negarse sin una gran injusticia que esta metrópoli es la mas civilizada la mas rica, la mas horriblemente hermosa, la mas libre, y al mismo tiempo, en que se gozan de mayores comodidades sobre la faz de la tierra.

Esto parecera paradójico; pero un entendimiento claro debe saber comprender la misteriosa conexión que existe entre dos ideas al parecer inconexas.

J. S. BAZAN

EL ESPIRITU DE SISTEMA.

Insertamos á continuacion por su belleza y mérito literario el discurso pronunciado por el Excmo. señor D. Francisco Martínez de la Rosa en la inauguración de las Cátedras del Ateneo, verificada en la noche del lunes 18 del corriente. La reputación que como literato ha obtenido el señor Martínez de la Rosa, nos dispensa de todo elogio. El discurso dice así:

«Señores: Al abrirse de nuevo las cátedras de este Instituto, dedicado á la pública enseñanza, cumplo con un grato deber al dirigiros la palabra desde el honroso puesto en que me ha colocado vuestra benevolencia.

He vacilado algun tanto acerca del asunto que debía elegir por tema de mi discurso, ya por haber tratado algunos de los mas importantes en ocasiones parecidas, y ya por deber acomodarse á la índole de esta corporación, que ostenta en la cúpula del edificio la bandera del humano saber, sin que la más leve sombra del espíritu de partido oscurezca su brillo.

El argumento de mi breve peroración va á ser el *espíritu de sistema*, y puede por lo tanto aplicarse lo mismo á las ciencias más graves que á la amena literatura, y no menos á esta que á las bellas artes.

No es necesario advertir que la primera condición para establecer un sistema es reunir gran copia de datos, unidos con un lazo comun, como pudiera un haz de espigas cortadas en sazón oportuna. Mas si por el contrario solo se ven los objetos revueltos y confusos, por más variados y brillantes que sean, servirán únicamente como el calidoscopio para mero entretenimiento.

La formación de un sistema establece cierto orden y disciplina en las ideas; condición necesaria para que no se asemejen á una turba confusa y desordenada, que suele ser más perjudicial cuanto más numerosa.

El entendimiento del hombre es de suyo limitado, conviene colocar las ideas (si es lícito valerse de esta comparación) como las letras en una imprenta, distribuyéndolas en sus casillas correspondientes para servirse de ellas en tiempo oportuno.

Hasta que hizo una cosa parecida, no pudo adelantar la *química*, y se mantuvo en su estado semejante al que tenía la alquimia. Únicamente merced á un método acertado y á una nomenclatura acomodada á la clasificación de las ideas, ha podido en pocos años elevarse á tamaña altura y producir los maravillosos efectos que son la gloria de este siglo.

Lo mismo puede decir de la *botánica*, que tantos progresos ha hecho, merced al sistema de Linneo. Mas si es indispensable establecer un sistema que sirva como de norma y guía para los progresos de las ciencias, conviene no ir á dar en el extremo opuesto: la falta absoluta de sistema puede compararse á la anarquía, el exceso se asemeja al despotismo, extremos ámbos viciosos y perjudiciales.

Lo que mas suele dañar en tan grave materia es el imaginar que se tiene la copia de datos necesarios con un corto número de observaciones: suele acontecer á los que cultivan las ciencias lo mismo que á los que trepan por los Alpes; les parece que la montaña que divisan es ya la postrera, y en llegando á ella divisan otras y otras, á cual mas elevadas.

Es indispensable el curso de los siglos para llegar tal vez al término anhelado.

Traído de las regiones de Oriente, vemos florecer en el Egipto y atesorarse el humano saber en manos de los sacerdotes. El sistema de Tolomeo reina por largo tiempo sin rivales: sucédele despues el sistema bastardo de Tichó-Brahe; mas hasta el de Copérnico no se fijó el verdadero sistema astronómico, y le doy aquel título porque con él se explican todos los fenómenos celestes.

Lo mismo puede afirmarse del sistema de Newton, porque comprende en sus reglas sobre la *atracción* y la *gravedad* la explicación de infinitos fenómenos, desde la caída de una fruta desprendida de un árbol, hasta la rotación de los astros en el espacio inmenso de los cielos.

Lo que acabamos de indicar respecto de la astronomía puede aplicarse, mas ó menos, á todos los ramos del humano saber, siendo achaque comun en los que los cultivan estimar su mezquino caudal como un tesoro de incalculable precio.

Otro escollo, que conviene igualmente evitar, es el de aferrarse en un sistema, encerrándose en él como en una inexpugnable fortaleza. Pocos achaques han contribuido tanto como este á detener al entendimiento humano sin que camine con libre y seguro paso.

Respecto de materias filosóficas, vemos llegar por el método de Descartes hasta la teoría de las *ideas innatas*.

Huyendo de este escollo, desentierra Condillac la célebre máxima de Aristóteles, *nada hay en el entendimiento que antes no haya pasado por el órgano de los sentidos*; mas el mismo que había censurado, con harto fundamento, el *espíritu de sistema*, ¿no adoleció tal vez del mismo achaque, que en su tratado *de las sensaciones*?

Aun mayor es el peligro, y mas graves sus consecuencias, cuando no se limita el daño á materias especulativas, sino á las que tienen íntima relación con la moral, que debe servir de norma á las acciones de los hombres.

Trasplantadas las ciencias del Egipto á la Grecia, donde lo apacible del clima, el despejado cielo y el claro ingenio de sus naturales, todo convidaba á hacerlas florecer, llegaron, no ménos que las bellas letras y las artes, á tan alto grado de perfección, que no ha sido despues igualado, y aun está sirviendo de modelo.

El carácter de sus hijos, la forma de gobierno de aquellas Repúblicas y otras varias causas contribuyeron de consumo á que se cultivasen á competencia los diversos ramos de la filosofía, siendo innumerables las escuelas que allí se formaron, haciéndose despues cruda guerra, y terminando los *filósofos* por ser unos meros *sofistas*.

Entre las escuelas que allí florecieron, ninguna tal vez mas famosa que la de Zenon, ya por la pureza de las doctrinas, ya por los varones insignes que la profesaban, ya por el resplandor de gloria que aun circunda la frente de algunos de los mas famosos.

Sócrates, bebiendo la cicuta, rodeado de discípulos y discurriendo sosegadamente acerca de la inmortalidad del alma; Caton, contrapesando con su voto el injusto fallo de los dioses: *Victrix causa Dis placuit, sed victa Catoni*... y prefiriendo la muerte á ser testigo de la servidumbre de la patria, y andando los tiempos, al llegar á su colmo la tiranía, abriendo Séneca sus venas, como para espiar haber sido maestro del mayor de los monstruos, ¿cómo era posible



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

que no trajera admiración y respeto hacia una escuela en que tales varones se contaban?

Entre todos ellos el que alcanzó más renombre fué Platon, á quien no es extraño que los antiguos aplicaran el nombre de *divino*, pues ningún filósofo profesó doctrinas más sublimes ni que más se acercasen á las que vino á difundir por el mundo la religión revelada.

¡Mas qué inmensa distancia entre una y otras! El más sábio en el mundo pagano estuvo lejos de comprender el código de la moral en una sola máxima: «ama a Dios sobre todas las cosas, y á tu prójimo como á ti mismo.»

Si no nos alejara demasiado de nuestro propósito, fácil sería demostrar el influjo de la religión cristiana en la civilización de las naciones, en su cultura, en su felicidad; pero ya que no sea posible, bastará echar una ojeada sobre la Europa y América, y fijarla después (aun cuando sea con espanto) sobre las vastas regiones del Asia.

Lo que se ha dicho respecto de la moral, puede aplicarse, mas ó menos, á la política, pues que en ella es sumamente dañoso el *espíritu de sistema* que puede agravar hasta lo sumo las dolencias del cuerpo social.

Lástima da ver á una República pedir un plan de gobierno á Juan Jacobo Rousseau, quien á pesar de su claro talento, era el ménos á propósito para tal encargo, pues vivió y murió sin conocer la tierra misma que pisaba. ¿Ni qué podría prometerse para tal empresa el que consideraba la *propiedad* (base y cimiento de la sociedad humana) como fuente y manantial de todo linaje de calamidades?

En breve se vió una prueba escrita con caracteres de sangre, que patentizó el influjo de tales doctrinas en la suerte de las naciones.

El partido de los jacobinos puede considerarse como espirando á poner en práctica las teorías de aquel; condenación de la propiedad, aspiración á una igualdad completa, odio á todas las superioridades sociales, no eran sino consecuencias naturales de las doctrinas de Rousseau. El tétrico Saint Just, de alma impasible y fría como el hierro de la guillotina, no era más que un sectario de buena fé, que ni aun remordimientos experimentaba; y lo propio puede decirse del mismo Robespierre que, siguiendo como pauta las doctrinas del filósofo ginebrino, daba de ello un público testimonio celebrando la *fiesta del Ser Supremo* pocos días antes de su muerte.

Tan funesto resplandor arroja aquella época, que no es fácil distinguir otras más recientes; pero hemos visto reproducirse en Francia las doctrinas más absurdas, y llevar tras sí numerosas turbas; si ya el escarmiento de la primera revolución estaba tan vivo en la memoria de las gentes, que hizo á la nación volver en sí y evitar el abismo en que iba á precipitarse.

Ya que no en tan alto grado ni de modo tan palpable, no há mucho tiempo que ha podido observarse en Alemania á donde conduce el *espíritu de sistema* cuando no se ensayan las teorías en la piedra de toque de la experiencia. Fortuna fué, y no pequeña, que se echara de ver en breve á donde conducen los vanos sistemas cuando se quieren reducir á práctica, y los adelantos que, á la sombra tutelar de sus Gobiernos, van haciendo aquellas naciones, infunden la halagüeña esperanza de que todas ellas caminan al laudable fin de fundar *instituciones* más ó menos acomodadas al *espíritu del siglo*.

Luz de la *moral* y antorcha de la *política* puede apellidarse á la *historia*, y en ella no ha sido ménos pernicioso el *espíritu de sistema*. Tomó este gran incremento en los tiempos modernos cuando no se aspiraba tanto á desentrañar con prolijo trabajo la verdad de los hechos como acomodarlos cada cual al fin que de antemano había preconcebido, de donde resultó que, lejos de verlos como eran en sí, cada cual percibió los objetos cual si los observara con un vidrio de aumento y de subido color.

De este achaque adolecieron varios escritores de gran mérito, pero que parecían como poseídos de cierto espíritu antireligioso. Tal fué Hume en Inglaterra desde los tiempos de Carlos II, y posteriormente Gibbon, así como Voltaire en Francia; mas ni la artillería pesada del uno ni las agudas flechas del otro han podido derribar la firmísima torre en cuya contra se asestaban.

En época mas reciente apareció otra escuela, á la que algunos han solido dar el nombre de *fataclista*.

Partiendo del principio cierto de que es íntima la conexión que media entre muchos acontecimientos humanos, la han exajerado, cual si los hechos estuvieren forzosamente eslabonados como con una cadena de hierro, fáciles de comprender hasta qué punto este sistema conduciría á menoscabar el libre albedrío del hombre, disminuyendo el peso de la moralidad, y haciendo poco menos que disculpables los hechos más criminales que registra la historia.

Por fortuna este sistema no ha llerado á prevalecer, revelándose contra él la conciencia pública, y tal vez ha contribuido por su parte á que se enderece el estudio de la historia por más segura senda.

A la superficial apariencia de los hechos se ha preferido el laborioso exámen de documentos auténticos que son como una mina inagotable. Así lo ha hecho en Francia Thierry, que parece haber heredado la paciencia de los antiguos Benedictos, Thiers, Mignet, Villemain, Mr. de Barante y otros varones distinguidos en la carrera política, que se han dedicado á cultivar la historia, y no poco han contribuido al adelanto de este ramo del saber los laudables esfuerzos de Mr. Guizot, ya como insigne profesor en la cátedra, ya con su propio ejemplo. No me detengo en el elogio de cada uno de ellos, porque todos me honran con su amistad.

No ha sido únicamente en Francia donde se ha adelantado en esta vía: la Alemania cuenta varios historiadores de gran mérito. Inglaterra ha perdido recientemente á Mr. Hallan; y sin contar á otros de menos fama, basta al crédito de Italia el nombre de César Cantú, que ha podido echar sobre sus robustos hombros un peso de tanta balumba.

Por lo que respecta á España, se advierte, de algunos años á esta parte, una tendencia visible á mejorar los trabajos históricos, á lo cual contribuye no poco el ilustrado cuerpo que tiene por su instituto este importante ramo.

No satisfacen ya á la actual generación la sequedad de las antiguas *crónicas* ni la mera relación de combates y de batallas, por brillante que sea el estilo y castizo el lenguaje: se aspira, y con harto fundamento, á penetrar en el interior de la sociedad española, examinando sus instituciones, sus costumbres, sus vicisitudes políticas, en suma, todo lo que constituye la vida íntima de una nación. A España, representada bajo la figura de un guerrero armado de punta en blanco, se sustituye otra noble figura, llevando en su mano

desde las actas de los Concilios de Toledo hasta el último cuaderno de las modernas Córtes.

Pasando de este campo, que puede considerarse como fructífero, á otro mas ameno y florido, hemos presenciado el pernicioso influjo del *espíritu de sistema en las letras humanas*.

Viva está en la memoria de las gentes, si bien apenas se percibe el eco, la ruidosa lucha que trabaron los *clásicos* y los *románticos*, tan encarnizada, ya que no tan larga y tan sangrienta, como la de los Güellos y Gibelinos.

Si en el siglo de Luis XIV y en época posterior se consideró como digno del buen gusto el *arte poética* de Boileau, reputándose casi como una heregia literaria examinar siquiera sus preceptos, en la presente edad hemos visto sublevarse de repente contra aquella especie de tiranía, y como acontece en tales casos, no juzgarse libres sino sacudiendo todo freno.

Lo más rudo del combate se trabó en el teatro, que era el campo más á propósito, y que ofrecia la ventaja de entregar desde luego la palma al vencedor, como pudiera el pueblo griego en las juegos olímpicos.

En breve se pasó, como suele en tales casos, de un extremo á otro; y si Boileau habia pretendido encerrar las obras dramáticas en una especie de jaula de hierro, con peligro de que no pudieran moverse ni respirar apenas, á las tres rigurosas *unidades* se substituyó un sistema tan lato que no consentía la conveniente trabazon de las diversas partes, y recorriendo todas las zonas de la tierra, podía comprender la vida de un hombre. No parece sino que la suerte quiso, por una especie de justo castigo, que prevaleciese este estravío en la patria de Boileau, que tan despiadadamente habia zaherido al teatro español por un defecto de esta especie, al paso que olvidó lo mucho que debia al teatro español el francés desde los tiempos de Corneille y de Molière, que más justos que aquel preceptista, ingenuamente lo confesaron.

No era fácil que la licencia dramática, llevada á un extremo por algunos románticos franceses, llegara á prevalecer en España, oponiéndose á ello, entre otras varias causas, la sensatez proverbial de la nacion.

Mas recorriendo la historia de nuestra escena en los tiempos modernos, fácil es percibir el rumbo que ha tomado, desde que salió, al promediar el último siglo, de la mayor penuria y abatimiento.

Moratin enseña á la comedia á andar con el humilde zueco, presentando cuadros de costumbres, tal vez demasiado sencillos, pero muy fieles y acabados; y Cien-fuegos, siguiendo opuestas vias, hace laudables esfuerzos para aclimatar en España la tragedia, pero se advierte que le embaraza la estrechez del contorno griego.

Mas libre y desembarazado se habia mostrado en la *Raquel* García de la Huerta, quien hacia gala de no someterse servilmente á los preceptos clásicos; y en época más reciente, mi inolvidable amigo D. Manuel Quintana ha demostrado en el *Pelayo* el modo de hermanar las bellezas poéticas con los sentimientos más nobles de amor á la patria.

Justos miramientos, más fáciles de comprender que de explicarse, me impiden adelantar ni un solo paso; pero si me fuera lícito, no vacitaria en decir que tal vez ninguna nacion de Europa cuenta al presente tantos dramáticos de valía como España, y que esta época solo cede la palma á

la que se hizo tan famosa en el mundo, reinando los últimos Felipes de la casa de Austria.

De la breve reseña que acabamos de bosquejar aparecen con toda claridad los perjuicios que acarrea el espíritu de sistema llevado al extremo.

Apénas habrá alguno de ellos que no contengan algun principio cierto cuyo conocimiento sea provechoso; pero conviene, como se hace con los metales, purificarlos en un crisol y separar las materias extrañas.

A vosotros incumbe tan útil tarea, celosos Profesores, que impulsados por el amor al saber teneis una verdadera satisfaccion en difundir los conocimientos á la juventud estudiosa que acude solícita á escuchar la verdad de vuestro labios.

Inculcad en su ánimo el riesgo que hay en dejarse llevar del *espíritu de sistema* á que puede conducirle su fogosa imaginacion y su inexperiencia. Fácil os será demostrarles la verdad contenida en esta fórmula: *la falta de sistema imide que nazca la planta; el exceso la ahoga.*

RAPIDA OJEADA SORBE ESTREMADURA.

SU PASADO, SU PRESENTE Y SU PORVENIR.

IV.

Vino, pues á la Península española ese pueblo rey, que creado por un aduar de bandidos, se enalteció por la intriga, el dolor y la falsía, mas tambien por el valor y la política. Aspiró al dominio universal, y lo obtuvo. Dictó leyes, y llevó sus águilas triunfantes, y sus dioses al mundo conocido entonces. Fué el mas grande y el mas pequeño; amalgama monstruosa de las mas acendradas virtudes sociales, políticas y morales, con los mayores y mas inauditos crímenes; del mas refinado sibaritismo con la mas austera sencillez; de hombres gigantes con hombres pigmeos. Cayó de su elevada esfera cuando el lujo, la molice y los vicios, generalizándose en sus patricios y en sus plebeyos, en sus guerreros como en sus emperadores, en sus libertos como en sus esclavos, enervaron su valor y las fuerzas con que sostenia su dilatado y heterogéneo imperio; y cayó porque así estaba escrito en el gran libro del destino, dirigido por el Supremo Hacedor, cumpliéndose la inmutable ley que estableciera, que en este mundo de duelo y miseria, nada hay perpétuo, nada eterno; todo perece, lo propio los séres que los imperios. Siempre asoma por algun lado la flaca naturaleza.

Concluyó el colosal poder romano; empero muchas de sus leyes, no pocas de sus costumbres, de sus gustos y de sus nombres, viven aun al través de los catorce siglos del término de su dominacion. España, aparte de la injusticia de la invasion, de los abusos consiguientes á todo cambio radical, y de las depredaciones de algunos de sus legados y Pretores, le debió grandes beneficios, un periodo muy largo de ventura y siglos de verdadera edad dorada. Trocó sus agrestes hábitos por la cultura romana, y ensanchó el reducido círculo de sus conocimientos y de sus goces.

No voy á seguirlo en sus dilatadas guerras con

los cartagineses y con algunos de los indígenas hasta su definitivo triunfo, comprado á costa de torrentes de sangre de vencedores y vencidos. Esto haría interminable este opúsculo y rebasaría mi objeto. Únicamente haré ligera mencion de ellas, contrayéndome á Extremadura; y de las de fuera de esta, solo en cuanto digan relacion directa con el mismo país.

Por consecuencia de esa lucha, los invasores romanos no pudieron traer sus legiones al suelo extraño, hasta el año 205 antes de Jesucristo, y ya en él hubieron de ganar palmo á palmo el terreno, pues los cartagineses, unidos á los lusitanos, celtíberos y y betures les opusieron tenaz y valerosa resistencia, y mas de una vez las águilas, terror del mundo, detuvieron su triunfante vuelo y mordieron el polvo. Al fin, la disciplina, la táctica y las mejores armas romanas, hicieron sucumbir á los que con tanta bravura defendian sus lares, su culto y su independencia, y los cartagineses fueron lanzados definitivamente hácia el año 303.

Solos y aislados ya los indígenas, no por ello se amortiguaron su valor ni su odio á los nuevos dominadores, y estos, conociéndolo bien, enamorados del del país y fieles á su política de conquistar y colonizar, repoblaron, ampliaron, fortalecieron y mudaron y mudaron los nombres de muchos de los pueblos conquistados y fundaron otros.

Cesde los años de 200 al 189, repoblaron y fortificaron entre otros á Ursaria, mudándole el nombre en Urbs sacra: á Capari (1) poniéndole Cappara, á Cauria á Arsa hoy *Magacela*: á Ilipe: á Turobriga (2) llamándola Lancia, en el dia *Villavieja* en la dehesa del Castillejo sobre el Tajo y el Jartin á una legua S. O. de Alcántara; y fundaron á Bacacis, ahora *Barcarota*; á Junonis Castrum y á *Alhange*; á Obila, que es *Oliva de Plasencia*; á Norba, que despues se llamó Caesarea en la dehesa de las Miras, cerca de las Brozas: á Pagi, que es *Monasterio* y á Istobriga al sitio que dicen Pedro Hurtado, tres cuartos de legua al N. del Casar de Cáceres.

Mas los indijenas no cejaban en la defensa de su independencia, aun cuando á penés habia rincon en la Península que no estuviese sojuzgado. Segun Tito Libio, el año 788 cerca del actual Lobos, los lusitanos degollaron á seis mil romanos, haciendo huir á los restantes con su caudillo el precónsul Lucio Emiliano.

Vengaron esta derrota el Pretor Cayo Galprenio y Lucio Quincio Crispino, y fueron tantas las riquezas que tomaron á los vencidos lusitanos y celtíberos, que enviaron al erario de Roma 157 coronas de oro y sobre 24,999 libras de plata (3).

(1) Segun Florian de Ocampo, tmo I de la historia de España, folio 69, edicion de 1578, los vettones, que eran una de las razas de los celtíberos españoles, se extendieron por la Lusitania por los años 765 antes de Jesu-Cristo y fundaron á Capari que fué en aquel tiempo magnífica ciudad.

(2) Idem, fundada por los mismos vettones en la propia época.

(3) Tito Libio-Carrillo Lazo-Leandro Soler-D. Casimiro Rufino y otros.

Pero el valor extremeño renacia de sus cenizas como el fénix. El año 147, los celtíberos y vettones, en número de 35,000, atacaron en Ebura, hoy Talavera la Vieja, á los romanos y aliados ó amigos del nombre latino que pasaban de 20,000 al mando de Quinto Fulvio Flaco, y si bien fueron derrotados por éste matándoles 3,000, cogiéndoles 4,000 prisioneros, 87 banderas y 500 caballos, les costó el triunfo 2430 hombres, prueba de lo reñida que fué la pelea, atendiendo á la diferencia de disciplina y táctica. También aquí los vencedores cogieron inmenso botin, pues Flaco mandó á Roma 124 coronas de oro, 31 libras del mismo metal, 173,000 libras de plata en moneda y además repartió á los soldados 500 denarios, 1200 á los centurianos, 1,500 á los de caballería, otro tanto á los auxiliares, y á todos paga doble (1).

Tan decisivo y cruel combate, enfrenó el patriotismo de los vencidos, pero no lo estinguió. Las vejaciones de los Pretores, Léntulo y Manlio, y la inicua matanza de 2,000 soldados españoles ordenada por el tambien Pretor Galva, produjeron la insurreccion de muchos pueblos, y particularmente de los lusitanos, quienes el año 151, bajo las órdenes de Viriato (2), que de pastor llegó á célebre caudillo, movieron ruda y pertinaz guerra á sus señores, hicieron vacilar su dominacion, y estipularon un trato por el que se declararon libres á los insurrectos, y se les consideraba amigos y confederados de Roma.

Mas el senado de esta metrópoli que posponia lo justo á lo útil, faltó villanamente cuando los lusitanos descansaban en la confianza del solemne pacto contraido, y sobornando á tres capitanes de viriato, ellos le dieron alevosa muerte en su tienda el año 140.

Durante esa sangrienta lid, hubo en Extremadura reñidos combates y heróicos hechos de sus hijos, cuya narracion seria difusa. Me concretaré á decir, que el año 146, cerca de Arsa, hoy *Azuaga* (3), Viriato hizo una memorable defensa contra sus enemigos; que en el de 142, deshizo jando á Mérida las legiones que mandaba Quinto Fabio; y que Graco arrasó la mencionada ciudad de Istobriga por su decision por el valiente campeon lusitano.

V.

A la guerra de Viriato sucedió la no menos pérdida de Numancia, que terminó el año 130 con la ruina de esta invicta ciudad, cuya inmortal defensa elevó tan alto el nombre español.

Terminada, y dueños los romanos de casi toda la península, hubo en ella cuarenta años de paz, en los cuales se dedicaron los dominadores á perfeccionar su sistema económico, político y administrativo en la misma, y continuaron poblándola.

En Estremadura fundaron á Perceyana, hoy *Villafranca de los Barros*; á Flavio Briga, que es *Valverde de Mérida*; á Salaria, ahora Siruela: á Intera-

(4) prenotados autores.

(2) Segun respetables historiadores, era extraño.

(5) Hubo dos Arsas en Extremadura.

nia, junto al despoblado de Salvaleon, á tres leguas de *Valverde del Fresno*, á Sestacia y á *Aldeanueva del Camino*, á Sansueña sobre el río Salor, cuyas ruinas están una legua de *Arroyo del Puerco*; á Cellavina-ria, hoy *Ceclavin*; á Aureliana y á Orellana; á Leuciana, ahora *Herrera del Duque*; á Albacuerqus Vere-a, que es *Alburquerque*; á Contosolia y á *Mingabril* y á Julia Contrasta, á una legua de Valencia de Alcántara, y reedificaron á Brama con el nombre de Flora.

Pero en los gobiernos republicanos, sea cualquiera su clase y constitucion, la paz y la verdadera tranquilidad duran poco, porque están en pugna con su esencia y su índole; se repelen mutuamente. Bellos en las formas, seductores en las teorías, halagüeños en el disfraz, semejan á las impúdicas cortesanas de lindo rostro, de gentil talle que, embalsamadas con los perfumes de Oriente, cubiertas de ricas piedras y de lujosas vestiduras, bajo ese deslumbrante atavío, no hay mas que podredumbre, miseria, y asquerosa fetidez.

Sí. En ellos el mas feroz de los despotismos se ejerce con el hipócrita manto de la libertad; la estatua de la ley está continuamente velada, se cambian las nociones del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto; se alzan los cadalsos, riega y enrojece su pavimento la sangre de sus mas ilustres ciudadanos, porque, como Saturno, devoran sus hijos: no tiene garantías el derecho de propiedad; la cultura, el saber son un crimen; el mas cínico ateísmo sustituye á la mas consoladora y verdadera religion, y como la ambicion es inseparable de ese sistema, asoma su cabeza para trocarlo en cesarismo ó en la dictadura, porque es el necesario é inevitable tránsito.

Y ese sombrío cuadro no es exagerado, no es sistemático, no es interesado. Tiene por pedestal la historia de todas las repúblicas, ese gran libro de la cuna, marcha y tendencias de la humanidad. Allí se vé, en él se consigna que, sin remontarnos á las repúblicas de los tiempos bíblicos, en las que los hombres, las circunstancias, las cosas y la misma institucion eran tan diferentes, las de Grecia, de Roma, de Cartago, las mas modernas de Francia en 1792, de los Estados-Unidos en 1776, y de las que fueron nuestras Américas, no han sido, son ni serán mas que el teatro de encarnizadas luchas, la disolucion social con todos sus horrores, un lago de sangre, y han tenido ó tendrán siempre por inevitable término la dictadura, el imperio y la monarquía.

El sanguinario Sila se hizo dictador de Roma, llevó al patíbulo ó al filo del puñal, miles de sus ciudadanos, deportó á otros, se apoderó de sus riquezas, y esta tiranía, como era consiguiente, se hizo sentir en la nacion española. Quinto Sertorio, uno de los pros- critos por Sila se presentó en ella, levantó el estandarte de la rebelion, se puso á la cabeza de los des- contentos, los disciplinó á la romana, y con su pericia y el valor de sus soldados venció en muchas lides á los señores del mundo. Como siempre la traicion y la alevosía vinieron en ayuda de estos, y Sertorio fué asesinado en un convite en Huesca el año 75. Siguió

aun la guerra, pero ya en un círculo reducido, Algo de esas luchas tocó á la parte baja de Estremadura.

El año 56 se realizó en Roma el primer célebre triunvirato entre Julio César, Craso y Pompeyo, y se asignó á este el gobierno de España, á la que envió por sus tenientes á Afranio y Petreyo. La buena inteligencia entre el gobernador y César se rompió en breve y se declararon guerra á muerte, que la batalla de Farsalia dada el año 44 decidió á favor del segundo, pereciendo Pompeyo.

España, era todavía fiel á los pompeyanos, y á ella Gueo y Sesto Pompeyo hermanos é hijos de aquel héroe. Tambien vino el mismo César, y Estremadura fué teatro de sangrientos combates. El año 43 hubo uno cerca de Cappara entre este y Gueo, y otro hácia Norba entre el propio Julio y Petreyo y Afranio, tomando por él aquella poblacion el adjetivo de Caesarea. Por ese tiempo el referido César tuvo que sostener un reñido choque con los lusitanos de Pompeyo en el Mons Herminius, hoy Sierra de la Estrella, en Portugal, próxima á Estremadura, en el que le coparon algunas cohortes. La memorable batalla y toma de Munda, concluyeron con el último ejército pompeyano y con las esperanzas de su partido.

Era tal la aficion de los romanos al suelo estre- meño, que aun en esa época de turbulencia, y en medio de los horrores de la guerra, Julio César y sus capitanes fundaron á Turrunciana Apiarium, Merue- ra, Celsita, Caricajulia, Calpurmana, Castro Vinoria, Castro Colubri Metellinum (1), Turgina, Castro La- res, Castra Caecilia (2), Castra Julia, vel Turris Ju- lia, Caecilio Vicus, Turmulus, que hoy por su orden son *Valencia de las Torres*, *Montemolin*, *Medina de las Torres*, *Puebla del Conde*, *Calera*, *la Parra*, *Fuente del Maestre*, *Montanchez*, *Valdetorres*, *Castillo de Lares*, cerca de *Esparragosa*, *Cáceres*, *Trujillo*, *Baños de Montemayor* y *Alconétar*. Reedificaron y ampliaron á Vultimaco con el nombre de Contributa Julia, á Nertebriga, poniéndola Concordia Julia, á Seria llamándola Famajulia, á Segeda Augurina y otros.

Ceñido de laureles tomó César á Roma, y allí, en nombre de la libertad, y en medio del Senado, le ase- sinaron Bruto y Casio el año 41.

Su sobrino Octaviano, que de antes recibió el título de Augusto, repartió con Marco Antonio el poder, reservando para sí la España, á la que vino para castigar á los vacceos, austrigones y otros pueblos sublevados, de los que triunfó no sin esforzada oposi- cion, y despues de perecer en la lid la flor de su ju- ventud; y este fué el último destello de la bravura española para sacudir el yugo romano.

El templo de Jano se cerró, y una paz profunda y dilatada sucedió por los años 33, á virtud de las victorias de Cayo Norbano Flaco, á tan sangrientas, repetidas y porfiadas luchas, y con esa paz, y con

(1) La fundó Quinto Cecilio Metelo el año 77.

(2) Fundada por el mismo Metelo el año 74 á Poniente y cerca de donde, segun Florian de Ocampo, estuvo la Sege- da, que los celtiberos fundaron el año 765 antes de Jesu- cristo.

haberse cambiado en imperio la república romana, al que ascendió Octaviano por los años 25, se inauguró para Estremadura esa edad de oro que la elevó á tan alto grado de esplendor.

Como toda España adoptó paulatinamente las leyes, las costumbres, el idioma del Lacio y la religion de sus señores, se amalgamó con estos, y se hizo enteramente romana.

Octaviano Augusto, luego que se cubrió con el manto de los Césares, fijó toda su atencion y dió casi su absoluta preferencia á este país, y la dió porque le eran conocidas sus excelentes condiciones, y por ellas la merecia.

Embebió la Vettonia en la Lusitania. El año 24 con soldados eméritos de las legiones quinta y décima y otras, sobre las ruinas de la antigua Memmoria, á orillas del risueño Annas fundó á Emerita Augusta, hoy Mérida, que muy luego llegó á ser colonia, convento jurídico, cabeza de la Lusitania, la segunda ciudad del imperio y del orbe, soberbia con sus grandezas; esa Mérida, de quien dijo Medina (1) que tenia dos leguas de circunferencia, y que estaba cercada de una muralla de 90 piés de altura, con 1,700 torres, que la tenian de 150 piés, con 44 puertas y cinco alcázares, uno de los cuales tenia 20 torres, ciudad de quien refiere Tarif-Aben-Tarif (2) que la guarnecian 10,000 caballos y 80,000 infantes.

Fundó tambien el año 22 á Pax-Augusta, que es Badajoz, á César Obriga y á Olivade Alhange, que fué poblacion de importancia, y á Sorores, á un cuarto de legua de Casas de Don Antonio en el baldío de Santiago.

Cayo Julio Caro, hijo de Cayo, yerno de Augusto fundó el año 18 á Segura, que es Segura de Leon, y á Carpium, hoy la Morera, y por entonces se erigieron otros pueblos.

Comprendiendo perfectamente que los buenos y bien situados caminos, los puentes y las mansiones ó posadas son el elemento de vida de aquellos, porque facilitan estraordinariamente sus relaciones sociales y mercantiles, ya en los primeros años de su dominacion en España, abrieron grandes vias para comunicarse, entre las que descollaba por su estructura (3), su longitud, su direccion, su objeto y su enlace con otras, la llamada *Via Lata* ó *Via Argentina* y cuyos restos que, despues de diez y nueve siglos, escitan nuestra admiracion, parece desafian aun la guadaña del tiempo, y en los que tiene que estudiar la ciencia moderna, se conocen por *Camino de la Plata*, y esta via, partiendo de Ayamonte, y pasando por cerca de Sevilla, venia á Fuente de Cantos, luego á Mérida, de allí á Cáceres, Alconétar, Baños, Sala-

manca y á Zaragoza, de modo que atravesaba la Estremadura en toda su longitud (1), y además construyeron en ella otra porcion de importantes ramales en diferentes direcciones.

Augusto mejoró y reparó esa via Lata, abrió otras en el mismo país, levantó puentes y acueductos, estableció un bien entendido sistema político, económico y administrativo, y como he indicado, preparó é inició las grandes reformas en el que, perfeccionadas en el siglo siguiente, hicieron que, con justicia, se le llamase el *jardín de Roma*.

VI.

En su reinado, cumpliéndose las profecías, vino al mundo el Hombre Dios, y en el de su sucesor Tiberio se realizó el mas grande y sublime acontecimiento que registran los anales. La redencion del género humano.

En el año 33 del nacimiento de Jesucristo, el 25 de marzo, muriendo en el suplicio, entonces afrentoso de la cruz, resucitando al tercero dia y subiendo á los cielos, se consumaron los inefables misterios de nuestra sacrosanta religion católica, de ese alto dogma que perseguido desde su cuna y siempre triunfante, porque es el único infalible, porque es bello, porque nos prodiga los consuelos que la degradada humanidad nos niega, porque nos lleva á una felicidad tan indescriptible como sin fin; vivirá y resplandecerá siempre incólume y siempre glorioso hasta la conclusion de los siglos, pues que así está estricto por quien no puede engañarse ni engañarnos.

En vano los hombres en su insano orgullo y en su impotente soberbia le lanzan sus inertes tiros. En vano por todos los medios que sugieren las furias del averno pretenden ridiculizar y minar sus bases. Inútilmente el culto de la diosa de la razon sustituye á la imágen del crucificado (2). Esa profanacion, esos inmundos altares, los inciensos impuros que se queman en ellos, todo es momentáneo, todo es transitorio: desaparece como las nieblas al rayo del sol, y en último término el Lábaro, la gloriosa enseña del cristianismo ondeará inmaculado, vencedor, desde el Vaticano hasta el mas humilde templo de la comunión romana.

Esos mismos hombres que ciegos y en el vértigo de su apostasia, conducidos por miras innobles y ar-

(1) Libro 2, cap. XXVII.

(2) Historia de la pérdida de España P. 2, L. 2, C. S.

(3) Las vias romanas de primer orden estaban cubiertas con cuatro capas de material, mas ó menos gruesa, segun fué exigiéndolo el terreno, y las llamaban *Statumen* ó primer fundamento; *nucleus*, la piedra unida con que se igualaba la base; *rudus*, el cascajo con que se unia y apretaba, y *dorsum* ó *crista*, el lomo suave que vertiese las aguas á los lados.

(1) Segun el itinerario de Anton Pio lo el trazado y mansiones en la parte extremeña era el que sigue, tomando el punto de partida de S. á N., desde Curica (Calera) á Contributa (Fuente de Cantos), millas 24; á Perciana (Medina de las Torres), 20; á Emerita (Mérida), 24; á Sorores (junto á Casas de don Antonio), 26; á Castra Caecilia (Cáceres), 20; á Turmulus (Alconétar), 20; Rusticiana (junto á Galistro), 22; á Cappara (Caparra), 22; á Caecilio Vico (Baños), y entre Caparra y este está Sestacia (Alleanueva del Camino), 22: en total 200 millas romanas de 5,000 piés exactos de Burgos cada una, ó sean 50 leguas españolas de 6,666 varas y 2/3.

(2) Revolucion francesa 20 de Brumario (10 de noviembre), de 1793.

rastrándose por el cieno la combata, cuando ven próxima la muerte, cuando tocan de cerca el hielo del sepulcro, vuelven sus ojos al Dios de quien impiamente blasfemaban y quisieran en aquel terrible trance, lavar con su sangre la culpa que cometieron. Así ha sucedido desde Simon Mago primer heresiarca (1), hasta Voltaire, Rosseau, y hasta los mas modernos incrédulos, y así habrá de suceder. Al borde de la tumba la verdad impera soberana y la venda se cae de los ojos.

Y no puede ser otra cosa. Una religion cuyos fundamentos son tan puros como indestructibles, que es toda dulzura, que tiene por lema la verdad, la paz, la filantropía y todas las virtudes, que las enseña y predica, para la que no hay gerarquías terrenas, pues el Eterno lo mismo acoge las preces y derrama el cáliz de gracia al rey que al mendigo, al orgulloso magnate que al verdugo, que es el escudo, la áncora de salvacion, el único consuelo de los tristes y de los perseguidos, se graba profundamente en el alma, y nunca se estingue por completo.

Sin ella, ¿qué sería de los desgraciados? ¿Dónde encontrarían un lenitivo á sus infortunios? ¡Feliz el mortal que en las borrascas de la vida, víctima de los caprichos de la fortuna, ó de las injusticias de los hombres, ó desgarrado su corazon por una de esas pasiones hondas y crueles, se acoge al altar y prosternado ante sus aras, orando con fe, se eleva hasta el trono del Supremo Hacedor, y recibe en premio la resignacion, la confianza, la calma, la alegría que de allí y solo de allí puede lograr y cuyo valor, es inapreciable!

En ese memorable siglo, repito, brilló Estremadura en todo su esplendor. Eleváronse como por encanto y con profusion, templos, palacios, anfiteatros, naumaquias, circos, hipódromos, puentes atrevidos, arcos de triunfo, obeliscos, estatuas, baños y otras obras públicas y particulares, todas suntuosas, perfectamente concluidas y del mas esquisito gustogriego.

Vinieron de la capital del mundo á establecerse en el privilegiado suelo extremeño las mas ilustres familias patricias y consulares, y esto lo propio á la derecha que á la izquierda del Tajo. Escritos están sus nombres en las infinitas lápidas sepulcrales, votivas y dedicatorias que por todas partes encontramos y que arrojadas como cosa inútil y hasta envilecidas, son un vivo y fúnebre recuerdo de lo pequeño y deleznable de las grandezas humanas: la espacion del orgullo.

Allí se leen los nombres un tiempo célebres de las encumbradas familias Junia, Severa, Capitonía, Coccia, Emilla, Ticinia, Agnilla; Festa, Litulia, Alinia, Terentia, Julia, Malia, Helvia, Cecilia, Burcia, Rufa, Vibia, Séneca, Lucrecia, Albina, Pompeya, Cornelia, Assinia, Petronia, Norbana, Valeria. Gemina, Macrina, Sempronia, Papiria, Tita, Domicia, Elia, Cecilia, Metella, Cordia, Fulvia, Licinia, Severa Flavia, Marcia, Pomponia, Manlia, Vegeya y mil otras cuya enumeracion seria enfadosa.

(1) Año 45 de J. C.

Florecieron las artes en el mismo país. Su arquitectura, su perpétua argamasa, sus finísimos y elegantes barrocos cocidos, sus vivos y permanentes colores tomados de los egipcios, su delicada escultura, en vano se ha tratado de imitar hoy con todos los encomiados adelantos modernos, como no se han podido imitar sus lindos mosaicos. Sus métodos y sus verdaderos secretos se sepultaron con el imperio.

V. M.

(Se continuará.)

NUESTRA MARINA DE GUERRA.

Si entre todos los pueblos de Europa hay alguno que por su posicion, por su historia, su presente y su porvenir tenga un interés inmediato é indeclinable de poseer una poderosa y bien organizada escuadra, ese pueblo es España. Ninguno como la nacion cuyas costas bañan el Mediterráneo y el Atlántico, presenta tan esclarecidos timbres en los anales marítimos, tantas, tan vastas y tan generosas empresas como las que nuestros navegantes llevaron á cabo en uno y otro hemisferio. En aquellos, maravillosos tiempos en que se abrian las olas á las carabelas de Colon, de Magallanes y de Sebastian Elcano para darles en premio de su arrojo un nuevo mundo y un millar de engalanadas islas, en aquellos brillantes días en que un portento de valor hizo hundirse el gigante del islamismo en las aguas de Lepanto, el sol que argenta uno y otro mundo tenia débiles rayos para alumbrar las desiertas; de las grandes naciones que hoy se disputan el imperio de los mares.

La patria de Nelson y de Bouguenville no tenia apenas una sola vela que cruzase las aguas donde se enseñoreaba la bandera de Castilla; ni Francia ni Inglaterra podian soñar siquiera que hubiese de llegar un día en que no quedasen á España mas que tristes recuerdos de tanta grandeza y poderío, y que á ellas solas habia; de tocar, andando el tiempo el predominio de los mares.

Tal es, sin embargo, la triste realidad, la realidad que hoy tocamos y que lamentan todos aquellos españoles que viven con nuestras antiguas glorias y que fían el porvenir á nuestro progresivo desarrollo la resurreccion de aquella magnificencia. Harto claramente lo dicen la atencion, que hoy mas que nunca, se presta á todo aquello que concierne, á tan importante ramo, la esperanza que se abriga en campos y ciudades de que llegue al fin el día en que solo flote el pabellon español en la hidalga tierra española, y la confianza con que se mira el éxito de esa futura guerra á muerte que ha de estallar tarde ó temprano entre la nacion que perdió á Gibraltar y la que al fin lo perderá á su vez.

Esa comun aspiracion que tantas plumas ha movido para trazar la manera de hacer elevar nuestras escuadras á la cifra que logró Carlos III, pero con una organizacion mas acabada que la que dió por resultado desastres tan vergonzosos como el de San Vicente, nos impulsa hoy á tomar la pluma para llevar algunas ideas al conjunto de las que hoy se agitan en el círculo de los gobernantes, de los publicistas y de los hombres entendidos en esta materia.

¿Qué es lo que tenemos? ¿qué es lo que podemos hacer? ¿qué debe ser, en fin, nuestra Marina?

Nada nos ha quedado de aquellas flotas numerosas que

sostenían el bloqueo de Gibraltar mientras cubrían todas las posesiones trasatlánticas del imperio de Carlos III, y no fué ciertamente, como es vulgar opinion, por los reveses que nos hizo sufrir el enemigo; sino ¡triste es decirlo! por la incuria de los ineptos gobernantes del absolutismo, y por nuestras revueltas intestinas. No fué el tremendo día de Trafalgar el que vió desaparecer nuestra Marina; solo iban allí la cuarta parte de aquellos famosísimos navios que tripulaban Lángara y Churrua; no estaban allí, no, todos los marinos que podían mandar buques como aquellos los que en número de 40 quedaron ostentando el pabellon nacional fueron á pudrirse en nuestros arsenales, y aquellos hombres llenos de valor que podían haber dado grandes días de gloria á nuestra patria fueron á morir en nuestras costas víctimas del hambre y la miseria que devoraba las entrañas del Estado.

¡Cuántas tristes horas debieron amargar la existencia de aquellos hombres que veían deshacerse los baluartes en que habían dominado la estension de los mares, y que no tenían un pedazo de pan para sus hijos! Solos, en las desiertas playas, donde la sarcástica munificencia de un soberano les permitía ejercer la pesca para acallar el hambre, aquellos pundonorosos oficiales vieron en sus postreras horas hundirse el sol de nuestra grandeza, y bajaron al sepulcro oyendo en el murmullo de las olas los últimos quejidos de la patria que con ellos se moría.

Al fin llegó á lucir un nuevo día, y con él la época en que á pesar de siete años de empeñada lucha entre el absolutismo y la libertad comenzaron á revivir todos los miembros del cuerpo social. Grandes y gigantescos pasos hemos dado en todos los ramos que constituyen la fuerza de las naciones; pero por una serie de errores lamentables, por una consideracion incomprensible hacia las ideas y prácticas antiguas, hémonos quedado en punto á Marina militar muy por debajo de lo que á nuestra importancia nos conviene; y de lo que á los esfuerzos del país correspondia.

Ochocientos millones van gastados, segun datos oficiales desde que comenzó la regeneracion de nuestra armada, y á pesar de tan considerables sumas, nuestra Marina no es la cuarta parte de lo que ser debía, si esos cientos de millones se hubieran invertido con acierto. Sin muestra alguna de él, sin la menor reflexion ni inteligencia, nuestros centros directivos han hecho construir centenares de buques de vela sin tomar en cuenta para nada la gran revolucion que introducia el vapor en la Marina, y al paso que Inglaterra y Francia redoblaban sus esfuerzos para trasformar por completo sus escuadras, nosotros seguíamos con asombrosa candidez construyendo buques segun los planos del tiempo de Carlos III, hasta constituir una escuadra que para nada sirve y que merece bien el título de *antidiluviana* con que la ha bautizado un diario inglés.

Unos cuantos vapores de ruedas contruidos en el extranjero formaron la escepcion de esta regla general, hasta que en 1854, cuando ya el hélice se habia aplicado á los mas grandes navios en otras naciones, se cayó en la cuenta de que era muy del caso seguir tan buen ejemplo y de entonces acá se han construido algunos buques que llenan todas las condiciones apetecibles.

He aquí cuál es hoy el estado de nuestra armada, segun datos oficiales, estado que nos servirá de punto de partida para nuestras observaciones y para esponer la mejor mane-

ra en que han de invertirse los 700 millones concedidos al ministerio de Marina.

BUQUES DE HÉLICE.

Fragatas.—Princesa de Asturias con 50 cañones y 360 caballos; Lealtad, con 41 id. y 500 id.; Concepcion, con 57 idem, y 600.; Berenguela, con 37 id. y 360 id.; Blanca, con 37 id. y 300 id.; Petronila, con 37 id. y 360.

Nuestra Señora del Patrocinio, con 41 id. y 500 idem; Cármen, con 41 id. y 600 id.; Triunfo, con 41 id. y 450 id.

Corbetas.—Narvaez, con 5 cañones y 60 caballos; Vencedora, con 5 cañones y 200 caballos.

Goletas.—Consuelo, con tres cañones y 200 caballos; Covadonga, Circe; á 5 id. y 160 id.; Santa Filomena, Constancia, Valiente, Animosa, á 2 id. y 100 id.; Isabel Francisca, Santa Teresa, Buenaventura, Concordia, Edetana, Caridad, á 2 id. y 80 id.

Cañoneras.—Mindanao, Calamianes, Saragua, Mindoro, Panay, Luzon, Samá, Cebú, á 1 cañon y 50 caballos; Maribeles, Bulurá, Joló, Arayak, Pampaga, Bogeador, Balanguingui, Albay, Matan, Taal, á 1 id. y 20 id.

Trasportes.—San Quintin, con 1,500 toneladas y 300 caballos; San Francisco de Borja, con 1500 id. y 50 id.; General Alava, con 1,500 id. y 280 id.; Marqués de la Victoria, con 1,200 id. y 160 id.; Malespina, con 800 id. y 150 idem; Patiño, con 800 id. y 160 id.; D. Antonio Escaño, con 800 id. y 150 id.; Ferrol, con 800 id. y 110 id., y San Antonio, con 650 id. y 90 id.

BUQUES DE VAPOR DE RUEDAS.

Vapores.—Isabel II, con 16 cañones y 500 caballos; Francisco de Asis, con 16 id. y 500 id.; Isabel la Católica, con 16 id. y 500 id.; Blasco de Garay, Colon, Jorge Juan, Antonio Ulloa, Pizarro, Hernan Cortés, Vasco-Núñez á 6 id. y 550 idem; Leon, con 2 id. y 230 id.; Vulcano con 6 id. y 200 idem; Lepanto, con 2 id. y 200 id.; Alvaro de Bazan, con 5 id. y 160 id.; la Reina de Castilla, con 2 idem y 160 id.; Piles con 4 id. 150 id.; Liniers con 4 id. y 120 idem; Vigilante, Alerta, Conde de Venadito, Nepturno, Elcano, Magallanes, Juan de Austria á 2 id. y 120 id.; Guadalquivir, Lezo, á 1 id. y 100 id.; y transporte Velasco con 4 idem y 500 id.

BUQUES DE VELA.

Navios.—Reina Doña Isabel II, con 86 cañones; Rey D. Francisco de Asis, 86 id.

Fragatas.—Esperanza con 42 cañones; Cortés, con 42 idem.

Corbetas.—Villa de Bilbao con 50 cañones; Ferrolana 30 id.; Mazarredo, 16 id.; Colon, 16 id.

Bergantines.—Habanero con 18 cañones; Alcedo, Valdés, Pelayo, Gravina, Galiano y Scipion, á 16 id. cada uno; bergantin goleta Constitucion 6 id.

Goletas.—Cruz, Cartagena, á 7 cada una; Juanita, Cristina á 1 cada una.

Pailebots.—Corzo, con 4 cañones; Gaditano, Cármen, Pasig, Isabel II, Trueno, Pájaro y Cisne, á 1 cada uno.

Faluchos de primera clase.—Terrible, con 4 cañones; San Fernando con 5; Annibal y Cisne, á 2 cada uno; Veloz y Argos, á 1 cada uno.

Faluchos de segunda clase.—Trigre, Palmesano, Virgen del Pilar, Caiman, Dorado, Golondrina Lobo, Lagarto,

Astuto, Pantera, Virgen del Carmen, Anguila, Fama, Amalia, Africano, Iluro, Delfín, Lebel, Martín, Álvarez, San José, Unión, Tiburón, Escorpión y Eolo á 1 cañón cada uno. Escampavías 69, trincaduras 4, lanchas 3, falúas 36. Montan todas 273 cañones.

TRANSPORTES.

Fragatas.—Santa María con 1,000 toneladas; Niña con 1,000 id.; Pinta con 800 id.; Marigalante con 800 idem y Santa Lucía con 725 id.

Bergantines-Barcas.—General Laborde con 508 toneladas, y Ensenada con 225 id.

Bergantines.—Patriota con 350 toneladas; Urumea con 451 id. id., é Isabelita con 90 id.

BUQUES DE HÉLICE EN CONSTRUCCION EN LOS ARSENALES DE LA PENINSULA.

Navio.—Príncipe D. Alfonso con 100 cañones y 1,000 caballos.

Fragatas.—Tetuan, blindada, con 41 cañones y 1,000 caballos; Villa de Madrid con 51 id. 800 id.; Zaragoza con 51 id. y 800 id.

Goletas.—Santa Lucía, Africa, Vad-Rás, Andalucía, Guadiana, á 3 cañones y 160 caballos.

EN EL ARSENAL DE MANILA.

Fragata.—Almansa con 51 cañones y 800 caballos.

EN EL ESTRANJERO.

En el astillero de Mr. Greent, en Londres.—*Fragata.* Arapiles con 51 cañones y 800 caballos.

En el astillero des Georges et Chanties de la Meditterranee en Tolon.—*Fragatas.*—Numancia, blindada, con 41 cañones y 1,000 caballos; y Sagunto: con 51 idem y 800 idem.

Además deben ponerse muy pronto en los arsenales de la Península las quillas de dos fragatas de hélice de 51 cañones y 800 caballos, tres goletas de 3 y 150, y á fin de febrero se verificará una licitacion á la que serán admitidos los fabricantes extranjeros para construir dos fragatas blindadas de 60 cañones y 1,200 caballos.

Tenemos, pues, una escuadra compuesta de 262 buques de todas clases y condiciones que montan 1,353 cañones. De estos buques se cuentan 42 de hélice con 409 cañones, además de los 9 transportes figurando en primera línea, 9 fragatas que montan 262 cañones, y que constituyen los únicos verdaderos buques de combate que tenemos; 27 vapores de ruedas con 134 cañones, y 174 buques de vela con 812 piezas, sin contar los diez transportes. Es decir, que tenemos cerca de 200 buques que ni por su tamaño, ni por sus condiciones llenan otro objeto que el de consumir enormes sumas y absorber miles de hombres y centenares de oficiales inútilmente ocupados.

¡Que es lo que debemos hacer con este inmenso y heterogéneo material inútil para todo combate, incapaz de desempeñar ningún servicio de mediana importancia! El ejemplo de Inglaterra y Francia, cuyas escuadras en mas de su mitad se componen de antiguos buques de vela, convertidos en buques de hélice, nos dice la marcha que debe adoptarse, esto es, la trasformacion de todos aquellos que por sus condiciones lo permiten y la venta de los que no las tienen. Esto

nos facilitará el medio de triplicar en brevísimo espacio nuestra fuerza de mar, y gracias á ello y á la acertada inversion de los créditos concedidos al ministerio de Marina podremos figurar bien pronto en el rango á que nos da derecho nuestra posicion y nuestros recursos.

Una y otra cosa serán objeto de nuestro próximo artículo.

WALDO GMEÑEZ ROMERA.

ASOCIACION.

Todas las teorías filosóficas nacidas en el seno de las diversas escuelas que han surgido en el campo de la ciencia, han reconocido en el hombre su repugnancia al aislamiento y su amor á la sociabilidad. Sin este carácter esencial al hombre, es imposible que comprendamos la doble naturaleza de su personalidad. La sociabilidad es un carácter íntimo de la naturaleza humana, que por todas partes se observan los efectos de su existencia: la personalidad nace de la asociacion del espíritu y la materia; la inteligencia vive de la asociacion de las ideas; el cuerpo necesita de la asociacion de los órganos; la vida brota de la asociacion de los sexos, y si analizamos psicológica y fisiológicamente al hombre, por todas partes veremos armonía de facultades, ideas y sentimientos, perfecto acuerdo de fuerzas, aparatos y funciones. El hombre que resume en sí todo lo creado, que por solo el esfuerzo de su inteligencia, de su sentimiento y de su voluntad puede alcanzar todas las relaciones que en el mundo existen, sería absurdo que fuese antisociable y propio únicamente para vivir en el aislamiento. Ese sentimiento de la simpatía, que con tanta fuerza se desarrolla en nuestra alma, que atrae al objeto en que se fija, que nos hace amar lo desconocido, que nos arrebató é impulsa sin darnos cuenta de la causa que nos mueve; es el carácter mas distintivo de la sociabilidad. Dejad aislado al hombre mucho tiempo y experimentará sensaciones indefinibles primero, penosas luego, terribles mas tarde, y el dolor y la angustia acabarán por último su vida.

Figuraos al niño cuando por vez primera respira el fresco ambiente de la vida; privadle del dulce calor que despiende el seno de su madre, cerrad sus oídos para que no escuche el primer acento de amor, vendad sus ojos para que no vea las sonrisas cariñosas, quitad á sus diminutos labios la sensibilidad para que en ellos se emboten los amorosos besos, dejad que sus delicados miembros sientan el helado rocío de la aurora, la fria escarcha de la noche, la humedad del viento, el cálido aliento del sol, el áspero roce de la tierra, y el niño pasará rápidamente del breve día de la vida á la eterna noche de la muerte. Figuraos al hombre formado ya y en todo el lleno de sus fuerzas: quitadle la amistad, el amor, el entusiasmo, la ambicion, la gloria, la caridad, la esperanza y la fé del porvenir, y el hombre será siempre un niño dominado por los instintos y esclavo de sus necesidades. Figuraos, por último, al hombre anciano, no ya en la flor de sus años, pero sí en el fruto de su existencia; quitadle el amor y respeto de sus hijos, la consideracion de sus conciudadanos, el recuerdo de sus hechos, la esperanza de vivir en la memoria de los que le sucedan; privadle del solícito cuidado de su familia,

del círculo íntimo de sus amigos, del cariñoso interés de sus conocidos, y el anciano maldecirá una y mil veces su existencia llena de dolores y exenta de consuelos.

La sociabilidad es expresión constante de la unidad del género humano: iguales todos los hombres y con idéntico destino encuentran diversas relaciones entre sí, y se dirigen á los mismos fines. La vida humana tiene numerosos objetos, unidos todos de tal modo, que sin la realización de uno es imposible la realización de los demás; y como por otra parte, esos objetos, bien sea la religión, la ciencia, el arte, la industria ó el comercio son demasiado estensos para que un hombre solo los abrace, necesario es que se asocie con sus semejantes, contribuyendo cada uno de ellos con su inteligencia y su actividad á su desarrollo. Las fuerzas aisladas de un hombre solo para nada sirven. Robinson es una creación fantástica que se opone á la realidad, y la historia nos muestra diversos ejemplos, en los que hombres abandonados á sí solos, como el tipo creado por Daniel Fou, han visto aniquilarse una por una sus facultades, llegando al mas completo embrutecimiento. La sociabilidad es una ley general de la naturaleza, y todos tenemos que obedecerla.

La facultad de asociación, inherente al hombre, aparece por todas partes; instintiva en el principio de las sociedades, reflexiva mas tarde, y armónica por fin, señala los diversos períodos sociales que el género humano ha recorrido, y que aun necesita recorrer. Es una fuerza progresiva que le ha impulsado continuamente, que del estado primitivo le conduce al último desarrollo de la civilización, que somete á la naturaleza, que la impone sus preceptos, que mejora la condición de los seres, que perfecciona su inteligencia, y crea sin cesar nuevos y vastos horizontes por el placer de llevar á ellos su inagotable actividad. Pero para que la asociación produzca benéficos resultados, para que sea conforme á la naturaleza del hombre, para que no se separe nunca de su objeto, es necesario que sea libre, que sea espontánea, que no se imponga por la fuerza. Aquellas escuelas filosóficas y políticas que someten á leyes la asociación, que la reglamentan haciéndola producto del ingenio de uno solo, que buscan en su imposición remedio para todos los males que afligen á la sociedad, desconocen al hombre, y no han estudiado bien el carácter especial de esta facultad de su naturaleza.

Sobre los derechos fundamentales del hombre no es posible legislar: la asociación es uno de ellos y moriría en el instante mismo en que en vez de ser producto de la actividad humana, fuese resultado de la fuerza. Estudiando los progresos de la civilización, analizando los adelantos de la industria, pocas veces encontraremos la mano del Estado ó la fuerza de la autoridad dándoles vida: el hombre, y solo el hombre, libre en su pensamiento, consultando á su interés y dejándose llevar en alas de su ingenio, ha recorrido la senda de la vida destruyendo obstáculos y satisfaciendo necesidades.

Pero la asociación no es solo derecho fundamental de la naturaleza humana, sino también fuerza de vida, gran palanca que mueve el mundo y cambia diariamente su estado y condiciones. La vida nómada y aislada del salvaje, solo puede limitarse á buscar su precaria subsistencia; la vida social y sedentaria del hombre civilizado, produce tesoros inmensos que aprovecha él, y lega á sus afortunados

sucesores. El trabajo de los hombres combinado ha sido principio regenerador del mundo, él ha convertido los desiertos páramos en populosas ciudades, los caudalosos ríos en ricas venas, que llevan á la tierra la savia productora del comercio; él ha allanado los altos montes, cegado los abismos: cubierto de flores delicadas y de sabrosas frutas las áridas campiñas; él ha destruido las distancias, igualado las costumbres, vencido las dificultades, y proclamando, por último, como problema de fácil solución la armonía de todos los hombres y la fraternal alianza de todos los pueblos. Pensad en el mas ligero y fútil objeto de la vida, calculad los tesoros de tiempo y de trabajo que necesitaría un hombre solo para producirlo, y entonces comprendereis en toda su extensión, en toda su altísima valía la fuerza de la asociación. Ved las ricas ciudades del mundo, las maravillas de la civilización, los mil encantos con que la sociedad nos rodea desde que damos nuestro primer suspiro, y entonces no podreis menos de entonar un himno de alabanza á la asociación. La asociación hace que por grande que sea nuestro trabajo en este mundo, y por pequeña recompensa que él obtenga, siempre recibamos infinitamente más que lo que damos. Explicados así sus efectos, ¿qué gran consuelo no presta á las clases desheredadas de la riqueza, privadas del bienestar? Veamos sino un hombre cualquiera, examinemos sus primeros pasos en la vida, nada produce, y sin embargo encuentra quien le alimente, quien cubra sus delicados miembros, quien le preteja y ampare: lleguemos mas tarde al tiempo en que gana ya su subsistencia, en que encuentra recompensa su trabajo, y observemos que por mucho que este le produzca, sería imposible que pagase en su verdadero valor el menor objeto de los que adquiere por un precio insignificante; ved que la lana que le viste, el cuero que le calza, el alimento que le sustenta, el libro que le enseña, la estatua que le encanta, el espectáculo que le recrea, la imagen que adora, la casa que habita, y hasta el pobre pájaro que le distrae con sus melodiosos cantos, han necesitado generaciones sucesivas y numerosas de hombres activos y pensadores, que han concebido y realizado la idea de fabricar, enseñar, crear, componer, someter y educar los objetos que él usa, sin mas que dar por ellos una parte insignificante de su trabajo. Y es que la asociación humana, reuniendo fuerzas, venciendo obstáculos y creando inmensos capitales, no solamente basta para el consumo moral y material de la sociedad actual, sino que acumula sus productos para las sociedades venideras, que harán á su vez lo mismo. Pero este principio generador, esta fuerza poderosa, obedece á leyes propias y naturales: producto de la naturaleza humana tiene su propia esencia, sus mismos caracteres. La asociación es libre como el hombre, como el espíritu, como la inteligencia; sometida á extraña voluntad á extravagante capricho de un hombre solo, y entonces, en vez de producir adelantos, será elemento de perturbación. La historia no puede enseñarnos en este punto nada contrario á nuestro propósito, porque si nos presenta ejemplos de altas instituciones interviniendo en las relaciones sociales de los hombres, también nos muestra que cada año que pasa, cada siglo que transcurre, se va retirando la acción directa y decisiva de esas instituciones, para dejar mas extenso campo á la actividad individual. Y sin embargo, á pesar de eso, la vida es hoy más fácil que en los pasados tiempos, y mayores los adelantos que en nuestra época alcanzamos.

La inteligencia del hombre se dirige á cuantos objetos le rodean, su actividad llega á todas partes; su razon le marca el camino que ha de seguir, y si alguna vez se extravía, el dolor y la desgracia le muestran bien pronto la verdadera senda. Por eso la asociacion puede aplicarse á todas las ideas, á todos los hechos, á todos los momentos del desarrollo humano. No hay pensamiento por elevado que parezca, que no esté al alcance de la asociacion; no hay fenómeno, por insignificante que sea, que no pueda ser abrazado en conjunto por una reunion de hombres que quieran examinarla, adivinar sus causas y aprovecharse de sus efectos; y por eso mismo, la asociacion abraza desde el círculo sagrado de la moral, hasta el reducido espacio de la más pequeña de las distracciones de la vida. Religion, política, industria, comercio, ciencia, arte, lengua, costumbres, todas las relaciones del hombre con Dios, con sus semejantes y consigo mismo, pueden ser objeto de la asociacion, y lo han sido desde el principio de las sociedades: impedir la asociacion, ponerla trabas, crearla obstáculos, es oponerse á la realizacion de los fines humanos, es detener al hombre en el camino de su vida. ¿Y quién podría hacerlo? ¿Qué causa legítima, qué santo derecho podría invocar para decir al hombre, no pasarás de aquí, no unirás tu inteligencia y tu voluntad á la de tus semejantes?

Hubo un principio en las sociedades en que la religion lo fué todo: á ella reducíanse todas las aspiraciones del hombre; ningun paso podía dar sin que le autorizase la sancion religiosa: ese fué el período de la asociacion instintiva. Más tarde se conoció que el hombre tenía diversos fines que cumplir; que la religion, sagrado objeto de su vida, no era el único, que las facultades del hombre reclamaban su empleo, y entonces nacieron diversas instituciones que las dieron alimento: este fué el período de la asociacion reflexiva. Pero en esta segunda época de la humanidad, se alzó poderosa é invasora una nueva institucion, que fué el Estado, y aunque permitió la vida de otras muchas, fué sometiéndolas á su influjo y haciéndolas depender de su voluntad. Si habia sido justa la emancipacion del Estado de la tutela religiosa, á la que hasta entonces se habia sometido, no era menos justa ahora la emancipacion de las otras instituciones, y por eso en esta segunda época pugnan todos por vivir de su vida propia rechazando con diversa suerte la dominacion que sobre ellas pesa. Por eso cada año que pasa se retira algunos pasos mas la accion del Estado, y cuando cese por completo en lo relativo á las demás instituciones, y se circunscriba á su verdadero círculo, entraremos en el tercer período de la asociacion, que será de acuerdo y armonia entre todos los fines que procura el hombre. Pero hasta que ese día llegue, que aún no se divisa próximo, la asociacion no puede producir los resultados que se esperan de ella, combatida sin cear en sus mas firmes fundamentos por el influjo directo y amenazador del Estado.

Pensemos, sino, en cualquier clase de asociacion, la mas sencilla y apartada de las relaciones políticas, veremos cuántas son las trabas que se oponen á ella: dificultad de reunion, intervencion del Estado en su organismo, imposibilidad de pasa de ciertos limites, derechos que es necesario pagar para conseguir su ejercicio, restricciones y vejámenes prolongados y continuos que matan la libertad de la asociacion, y destruyen el esfuerzo de su actividad.

Y la asociacion puede aplicarse á todo; es conveniente

que así suceda, y es una de las condiciones de progreso de la humanidad, que adelantará por este medio sin necesidad de violentos trastornos y de diarias turbulencias. Por el contrario, impedida la asociacion, ese derecho fundamental del hombre, las reclamaciones, las quejas y los disgustos reducidos al silencio, estallarán un día, produciendo esas terribles enfermedades del cuerpo social, que la historia conoce bajo el nombre de revoluciones.

La libertad, derecho natural del hombre, no puede ser negado en el campo de la ciencia, dirigiéndose á la idea, al espíritu, al pensamiento del hombre, toma cuerpo en la libertad de imprenta, y dirigiéndose á la accion humana, á su actividad, recibe el nombre de libertad de asociacion. La libertad del trabajo proclamada por todas las escuelas verdaderamente científicas, no es mas que la libertad de asociacion: el trabajo de uno solo seria improductivo si no se uniese al trabajo de los demás, el hombre que quiera adivinar los secretos de la naturaleza, ponerse en relacion con el autor de su existencia, ó expresar sus afectos en creaciones sublime inespuestas por el sentimiento, necesita para conseguirlo las dos formas que toma la libertad, el pensamiento y la asociacion.

Basta pues la asociacion libre para conseguir las maravillas de la asociacion que nos admiran, para desarrollar el trabajo material é intelectual de la humanidad: libertad para las instituciones humanas que se forman con el objeto de realizar los fines de la vida, y mútuo respeto de unas y otras, son las dos condiciones necesarias que la sociedad reclama para caminar rápida y desembarazada por la senda del progreso. La division del trabajo es principio proclamado por la economía política para lograr el adelanto, ¿y qué otra cosa es el derecho de libre asociacion, sino la aplicacion del mismo principio á las instituciones que se reparten el destino de la vida? Dejad que la industria lo invada todo, que allene el terreno de la moral, que se introduzca en el sagrado templo de la religion, que no respete el campo de la ciencia, ni el dominio privativo del derecho, y la sociedad será un caos confuso de encontradas tendencias y de opuestos intereses; pero señalad á cada institucion su esfera propia; dejad que en ella viva y se desarrolle; respetadlas todas, y estableced una garantía poderosa á cuyo amparo pueda acogerse la que vea desconocido su derecho de existencia y menoscabada su libertad de accion, y la sociedad vivirá feliz, sin mas obstáculos que los que la naturaleza del hombre y de las cosas proporcione. Esta es la obra admirable que hay que llevar á cabo, y para conseguirlo basta la libertad de asociacion amparada por el Estado, religioso observador de las prescripciones del derecho. Si la asociacion es necesidad constante, y la libertad propiedad esencial de la naturaleza humana, ¿por qué empeñarse en divorciar dos ideas que están unidas con indisoluble lazo en la ciencia y en la vida? El derecho de asociacion es el medio mas seguro para conseguir el progreso político y social, es el auxiliar mas poderoso del Estado, que no puede llevar á todas partes su accion, y es, por último, elemento de prosperidad y de adelanto sancionado de tal modo por la historia, que aquellas naciones que le han reconocido, se han elevado rápidamente á un grado de notable superioridad.

Desconocer las dos formas de la libertad en el pensamiento y en la asociacion, es oponerse al desarrollo de la



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

actividad humana, prescribiendo la ciencia y el trabajo, y entregar al hombre atado de piés y manos para que sea juguete de los obstáculos que por todas partes le presenta la naturaleza en la elevada region de las ideas, y en el práctico terreno de los hechos. Si el hombre no es libre, ¿qué provecho hemos de sacar de lo pasado, ni qué esperanza pondremos en lo porvenir?

LOS CAMPESINOS.

CUADRO OCTAVO.

DICHA Y LÁGRIMAS.

Marta y el niño arribaron á la casa, en la que ya los esperaba Santiago, impaciente por saber el objeto del inesperado llamamiento del rector del asilo de espósitos.

El niño corria desalado á los brazos de su cariñoso padre adoptivo, encendido como una amapola, sollozando aun, y pintado en su rostro, el angustioso terror que preocupaba su alma: no proferia siquiera una palabra, pero asido fuertemente á la mano de aquel hombre bondadoso, parece que demandaba instintivamente su proteccion y defensa; á todas partes lo seguia: no era posible desprenderlo de su lado, ni desasirlo de su ropa.

Santiago preguntó á su mujer el motivo de aquella alarma, y ella le hizo una menuda referencia de lo que ocurría, reasumiendo, por último, que aquella misma tarde era preciso resolver la disyuntiva de adoptar el niño, ó entregarlo al siguiente para su traslacion á la capital de la provincia. Esta vez no necesitó Santiago estímulos de ningun género para que optase por el prohijamiento de aquella criatura pobre y desgraciada, que la Providencia habia puesto bajo su egida y proteccion; así como se miró muy mucho en hacerse cargo de ella, la terrible noche de su natalicio.

No dudó un momento en la eleccion del partido que debia tomar y resuelto á escriturar la adopcion del huérfano, dijo á su mujer:

—Marta: una casualidad providencial ha puesto este niño á nuestro cuidado desde que tuvo la desgracia de perder á sus padres, y con ellos todo consuelo y amparo en este mundo. Esos asilos caritativos que la piedad cristiana abre para recibir en su seno á los desgraciados seres que arroja el mundo, como un sobrante que desprecia y abandona, prestan el auxilio del sustento, del indispensable abrigo y de la curacion de las dolencias de aquellos á quienes caritativamente acogen; pero no pueden dar la sombra benéfica que presta el santo hogar doméstico.

¡Bendita sea la caridad cristiana y la civilizacion de la humanidad, que estiende siempre sus brazos para recibir en ellos una miseria de la vida, y abre la boca para besar una herida y consolar un infortunio, sea cualquiera la forma de que se revista!

Esas instituciones cumplen su elevada mision, y hacen cuanto pueden: pero á la caridad ejercida de oficio, no le es dado prestar el lleno de consuelos que

Dios puso en la solicitud y cuidado de la maternidad. Ese niño será doblemente desgraciado, si se aparta del lado nuestro, en el que ocupa el lugar de hijo. Nada nos falta, y aun podemos, si el Señor nos lleva el cabo adelante, dar buena sombra á nuestra vejez y ser el apoyo de sus hermanos.

Esta tarde misma se celebrará la escritura de prohijamiento y ella será otra garantía de obligacion que selle en nuestros corazones el cariño que le tenemos. Tres hijos nos quedan, y si me quitan ese ángel enfermo, me muero en cuatro dias.

Marta, que abundaba en los mismos sentimientos paternales, y que habia sabido inculcarlos á su marido, que era un tanto egoista y desconfiado antes de casarse con ella, se recreó en su obra al ver que el trato continuo y los ejemplos de abnegacion, que ella le diera, lo transformaron en un hombre caritativo y confiado en la Providencia divina.

Al mismo tiempo vió el cielo abierto para consolidar mas y mas la dicha de aquel niño que habia acogido bajo su proteccion: no perdió tiempo, pues, en llamar al escribano y al contralor del asilo de espósitos para celebrar el solemne contrato de adopcion.

Llegada la hora de la cita, concurrieron ambos funcionarios á la casa donde ya estaba todo aparejado y dispuesto de antemano: la mesa de pié de aguja, cubierta con su tapete de bayeta verde y su ropero de badana: una dorada y reluciente escribanía fabricada en Lucena, compatriota de un opulento velon de cinco mecheros, que, como aquella, estuvo inédito por espacio de mucho tiempo, empapelado y á reserva. En esta noche hacian su *debut* en el mundo aquellos dos muebles, fabricados en el siglo y para el siglo: el uno difundia las luces, el otro propagaba las ideas.

El encargado de cumplimentar la orden superior del establecimiento de espósitos de la provincia, requirió á Santiago con la orden que ocasionaba su visita, recordándole la necesidad que tenia de solemnizar en documento público el prohijamiento de aquel niño, que se constaba como acogido en la casa de espósitos de Andújar, mediante á no tener deudos próximos ni remotos, segun resultaba de las averiguaciones que se habian practicado, cuya circunstancia lo habia puesto bajo la egida del establecimiento.

Santiago se apresuró á contestar afirmativamente diciendo que desde luego lo adoptaba por hijo, y se sometia al cumplimiento de las obligaciones que la ley le impusiera en aquel punto.

El escribano, que era algo pariente de Santiago y muy aficionado á civilizar la gente y á abrir los ojos, como él decia, se horrorizó al ver la llaneza con que Marta y Santiago se prestaban á tomar sobre sí la carga de criar un hijo extraño con los fueros de tal.

Creyóse, pues, obligado á disuadirlos de aquel pensamiento gravoso á la familia, y particularmente á los verdaderos hijos de aquellas gentes, ignorantes como él las llamaba.

—Pariente, decia con tono magistral y decidido á Santiago; yo soy llamado aquí á otorgar un docu-

mento; estamos, no á dar un consejo; pero obra de misericordia es enseñar al que no sabe. Vds. ignoran la obligacion que les impone este contrato; pues es nada menos que la de dotar al hijo adoptivo con la quinta parte de los bienes que Vds. poseen, y esto va en perjuicio de los verdaderos hijos. ¿No consideran ustedes que la gente culta y civilizada de estos tiempos, no adopta ni cria ningun niño de esa procedencia, aunque lo echen á la puerta de la casa? Para eso están los establecimientos públicos de asilo.

—Nada de eso ha caído en saco roto, señor escribano, dijo Santiago; pero mis hijos propios, y este que recibimos hoy como tal, saldrán á una orilla como hasta aquí, con la ayuda del Señor. Nosotros podemos hablar ya por experiencia; si parece que la bendicion de Dios ha entrado con ese niño en nuestra casa: las colmenas han enjambrado mucho en estos años y he sacado de ellas primera y segunda castra: el trigo racimal de la roza me ha salido á siete en estos años de sequía y lo he vendido á cuatro duros: los ganados han subido como la espuma y yo he hecho mi agosto.

Lo que viene por mano de Dios, razon es compararlo con esas desvalidas criaturas, que son obra de la divinidad, y cuando calienta el sol, á todos debe alcanzar su benéfico influjo; además, que mi mujer ofreció solemnemente á la moribunda madre de ese niño que no le abandonaria nunca, y su palabra es una escritura.

Marta asentía á todo. El escribano compadecia en sus adentros la falta de ilustracion, los errores de cálculo, hijos de la ignorancia; pero convencido de que su predicacion no causaba efecto en aquellas testarudas y decididas gentes, doblaba el papel y otorgaba el documento público en que constaba la adopcion y el señalamiento de la quinta parte de bienes de los adoptantes en favor del niño.

Despues que se quedaron solos y libres de aquel importuno cuanto descorazonado consejero, ándubieron toda la clase en busca de Jesus á quien no habian visto durante el acto.

El angelito habia reconocido al entrar en su casa el contador del asilo, y aterrado aun del anatema de traslacion al hospicio, y temeroso de aquel hombre, corrió á esconderse en el regazo de su abuela, que se encontraba sentada en un rincon del patio, y acurruándose en su falda, se quedó dormido.

Cerciorados de esto los cuidadosos padres, sentáronse tranquilos y satisfechos de su caritativa obra, en aquel fresco y apacible patio, bajo la verde bóveda de las entretejidas parras, y en medio de sencillas y modestas flores moradora humildes de las casas de las gentes pobres, que las adoptan por una secreta simpatía, por una ignorada afinidad, y que son por sus virtudes ó por sus amarguras los geroglíficos del desgraciado.

En aquel alegre, sencillo, pero agradable vergel, se recreaba la familia: Marta mostraba sin embargo alguna leve inquietud causada por el desasosiego que manifestaba el niño dormitando en la falda de su abuela. Allí permanecia inerte despues de haber reu-

sado la frugal cena que tanto codiciaba otras noches: le tocaba la frente y le abrasaba, el niño se despertaba inquieto al menor contacto y sonría á las preguntas y á las caricias de sus padres ¡ay! la inocente criatura aturdida y dormijosa, nada sentía, nada sabia explicar.

Sus cariñosos y juguetones hermanos lo forzaban á abandonar el regazo donde se hallaba recostado, atribuyendo á sueño y á calor su postracion inusitada; pero en vano procuraban escitarlo á su favorito juego del esconder: el niño lánguidamente alegre procuraba seguirlos; se ocultaba entre las verdes matas de arreboleras, floridas ya para celebrar la bienvenida de su amiga la noche. Encendido el rostro del niño como aquellas encarnadas flores, se dejaba sorprender por su vendado hermano Ramon, que declaraba buena presa á su prisionero, con la voz del *tiritomo*, el cual desganado é irresistible se restituía otra vez al regazo de su abuela; en vano le entregaban la jaula de sus queridos colrines, que acariciaba un rato y devolvía indiferente: en vano le daba el padre los dos cuartos para su codiciado cigarrillo de caramelo, que disputaba á sus hermanos un instante y abandonaba luego con desden.

La fiebre se acrecentaba en tanto: yase dejó conocer esta de Marta y de Santiago que lo pulsaban cuidadosos: ella procuraba sudoríficos por si era costipado, emplastos de mirra por si era indigestion, y mientras apuraba toda la farmacopea de medicamentos domésticos, eficaces é inofensivos cuando menos Santiago salía apresurado de la casa en busca del mas afamado doctor de la ciudad. La calentura tomaba gigantescas proporciones; el niño deliraba estrechiéndose de vez en cuando, y en los sueños terroíficos que le asaltaban se veía siempre dominar la idea del miedo de que lo alejasen de sus padres.

¡Pobre criatura! ¡Pobre madre! un síntoma fatal se presentaba antes de la venida del doctor á aquellos ojos penetrantes; de mirada tranquila y espresiva se estraviaban: el foco de luz que habia en ellos se eclipsaba por momentos paralizando su belleza: la pupila se dilató. No conocía á ninguno de cuantos se le acercaban.

Santiago conmovido, aunque aparentando entereza de espíritu, decía á su mujer que velaba aquel lecho limpio y cómodo en que reposaba la criatura.

—Marta lo encuentro muy malo:... ¿Si será cosa que este niño se nos vaya á desgraciar como tengo pronosticado? Tiene mucho talento y de estos pocos se logran.

Por fin llegó á la casa el deseado médico: examinó al enfermo y el diagnóstico que hizo fué aterrador calificó el mal de apoplejía *putuitosa*. de la descrita por Wepfer, aconsejó los medios que debían usarse para combatirla: el pronóstico fué siniestro.

Todos los medios de curacion que ordenaba la ciencia por boca del doctor, se ejecutaron al momento; pocos instantes despues de la salida de aquel hombre, era víctima de un horrendo ataque de alferecía el desdichado niño, sus padres adoptivos presenciaban alarmados aquella aterradora convulsion:

su cuerpo delicado, se revolvía en el lecho, como un pez palpitando arrojado sobre la arena de la playa. Toda la noche se pasó entre estos accesos y la amargura mas colmada. Al día siguiente todo era mas lento, la calentura, los ataques, pero la gravedad se aumentaba con la postracion.

La madre sentida y admirada al considerar el estrago que habia sufrido aquella hermosa criatura en tan corto tiempo de lucha, contemplaba el extravismo de aquellos ojos tan vivos y seductores otras veces; recordaba con pena que el día anterior iba siendo el niño la admiracion de las gentes que lo vieron en exámenes y lo encontraron en las calles del tránsito al asilo.

Las vecinas se miraban unas á otras silenciosas y aterradas.

—Le han hecho mal de ojo, comadre, decia la una; ¿quién tiene ese niño sin una higa colgada?

—O la uña de la *gran-bestia*; decia la otra, que es contra la alferecía.

—Que lo pesen á torbizco, dijo una vieja con tono magistral y solemne; á ese niño le han reventado la hiel en el cuerpo.

Así discurrían aquellas pobres y preocupadas gentes, ignorantes de la pena de excomunion que fulmina un cánon del concilio de Laodicea, contra los que usan ó creen virtud preservativa en Amuletos y Phylacterios.

El niño se empeoraba por momentos, á pesar de las evacuaciones y medicamentos que se le propinaban. Un corto rato despues quedó asoporado dejando oír el funesto estertor de la agonía.

Santiago doblemente agoviado por la pena y por el disimulo, se movia inquieto de vez en cuando delante de aquel lecho mortuario, contemplando á su querido niño, lívido, despeluzado y ligeramente teñido en la sangre que produjeron las evacuaciones locales.

¡Hijo de mi alma! decia enjugándose alguna rosada lágrima. ¿Quién ha de conocerlo ahora postrado en ese lecho, mudo é indiferente á nuestras caricias paternales? ¡Angel de Dios! naciste desdichado en este mundo; bien merece tu desventura ser recompensada con la gloria de los ángeles. En aquellos momentos venian á su memoria y á su vista todos los recuerdos que dejaba en la tierra aquella santa niñez.

Marta perdía el juicio con la intensidad del dolor: hacia promesas, ofrecía mortificaciones y rezaba. ¡Virgen santísima, decia, devolvedme á mi hijo, ó dadme fuerza para que sobrelleve esta pena! ¡Angel de Dios! decia.

Así exclamaba aquella mujer que sin los títulos de verdadera madre, tenia los del cariño, los del deber y la compasion mas tierna; mas aun, los de la gratitud, pues su piadosa creencia era que el desahogo y bienestar que disfrutaba ella y sus hijos era debido á la intercesion de aquel agradecido ángel de Dios.

El niño se agitó levemente, dió un grito desfalle-

cido, un esperezo y cayó inerte sobre el blanco lecho mortuario.

Aquellos momentos, terribles y solemnes que suceden á toda defuncion, aunque sea la de un niño, y que parecia habian de redoblar la pena y los estremos de la familia, fueron seguidos instantáneamente, de una conformidad y un consuelo milagroso que se apoderó de aquellos pechos donde flotaba pocos momentos antes la mas amarga pena: una especie de lluvia de lágrimas tranquilas corrian en silencio y desahogaban aquellos corazones, como la lluvia que sucede al vendabal, azota y doma las encrespadas olas del mar embrabecido. La resignacion y la conformidad cristiana, vinieron á consolar aquel dolor. Se habia cumplido en la muerte del niño un decreto supremo de la voluntad Divina y esta idea era el bálsamo que cicatrizaba la llaga: aquel era tambien el secante de sus lágrimas.

La casa antes tan desolada y triste, se trasformó en teatro de una alegre fiesta: se improvisó un alegre bailoteo al que concurrieron todos los vecinos y allegados de la infeliz familia, con arreglo á la costumbre del país, celebrando con aquellas demostraciones el velatorio de un ángel.

Los sonoros palillos se repiqueteaban al son de triángulos de metal y bien templadas vihuelas: al compás de estas y al del canto de alegres, chuscas ó sentenciosas coplas de fandango y de la jota aragonesa, danzaban ligeros y apareados jóvenes de ambos sexos, decentes ellos, comedidas ellas: ya saltaban aproximándose en ademán de fingida ternura, ya se apartaban rápidas las parejas en aptitud de repentino enojo: otras veces cernian los flexibles tales, esquivando y buscándose en acompasado remolino, juguetonas y aéreas, como las aves que se acarician y requiebran en el espacio: ó ya agrupadas en el vistoso laberinto de la media cadena, como las Gracias de Cánovas, gozaban inofensivamente, sin que estos decentes y agradables danzares, cedieran en vista y donosura á la abominable Terpsicore de nuestros salones de gran tono.

El niño yacia amortajado en una caja forrada de blanco, con sus manitas cruzadas, su doble guirnalda de jazmines y rubios ensortijados cabellos; su ancho cinturon de raso azul celeste tendido sobre su trasparente mortaja blanca, cuatro velas de cera, criada en los pacíficos colmenares que le vieron nacer, alumbraban aquel tranquilo cuadro.

¡Dichoso tú! decia la consolada Marta contemplándole.

¡Dichosa V. que es su madrina y tiene un ángel que pida por su salvacion y su prosperidad! decia otra. Imposible que penetre en el cielo, hasta obtener el perdon de la que lo hizo cristiano.

¡Quién como él! murmuraba una vieja. Las campanas repicaban á gloria: la iglesia vestida de blanco, cantaba alegre por medio de la magestuosa voz de los sorchantres el *lebate pueri domini* á que contestaban los acólitos y niños que acompañaban en tropel aquellos restos mortales *Lebate Domino de celo*.

Todo era risueño en aquella tranquila ceremonia,

en que parecía que la muerte no era vencedora sino es vencida y humillada por la segura vida eterna.

El saludo de pésame que allí se oía era caritativo y consalador. En el cielo gocemos el ángel, decían á Santiago que iba presidiendo el concurrido cortejo, á que asistían parientes, vecinos y allegados, vestidos de lujo, como Santiago y cubiertos con sus capas de paño á pesar de la estación calorosa; porque esta prenda es el distintivo de etiqueta que usan en los grandes actos, las sencillas gentes del campo en las provincias andaluzas.

Apenas había regresado Santiago con la comitiva fúnebre á su casa, después de dejar sepultado el cadáver de su querido hijo adoptivo en el cementerio de la Cruz de San Martín; cuando llegó á su puerta un joven sacerdote, desconocido á la familia y á los concurrentes á la ceremonia. Sus facciones, su aire, su idioma, eran europeos, el color cobrizo de su rostro, denotaba largas navegaciones, ó grandes períodos de residencia en las regiones tropicales.

Era este el franciscano procedente de la obra pía de Jerusalem, que asistió en sus últimos momentos á D. Ginés de Atienza, como recordarán nuestros lectores. Encargado el sacerdote en el cumplimiento de un caritativo fideicomiso que le hizo aquel en el testamento cerrado que otorgó y se publicó solemnemente, resultaba legada la pertenencia de la mina titulada N. S. de la Buena Dicha, en el barranco de la Jara de Sierra Almagrera, con todos sus productos anteriores al legado, en favor de aquella criatura que ya no existía.

Este legado era una restitución de conciencia aconsejado por el sacerdote y ejecutado de buen grado por el despojador de aquella enorme fortuna: restitución que venía velada con el manto de la caridad cristiana, la cual se basaba en dos principios: reparación del daño causado, honra á la memoria del que ya había dejado de existir, del que ya dejó expiados en el mundo sus faltas y consiguió la remisión de ellas por medio del arrepentimiento. La muerte del niño imposibilitaba la restitución de aquellos cuantiosos bienes anotados en un libro formal de asientos en que llevaba el cuidadoso explotador escrito de su letra y por el sistema de partida doble, la fabulosa producción líquida que había tenido aquella mina en todo el tiempo que duró su explotación por D. Ginés.

Estos caudales, manejados diestra y despiadadamente por el titulado dueño, se habían acrecentado con extraordinaria rapidez, y representados en valores y efectos de la deuda pública y en billetes de Banco, se guardaban religiosamente en el baul-maleta que hemos visto en el wagon de segunda clase á los piés del franciscano, baul que llevó cuidadosamente á la casa del niño para efectuar la entrega.

La herencia, pues, no quedaba vacante y desamparada por la muerte prematura del agraciado: algo se había previsto para el caso de que muriese en la niñez aquella criatura eeenta de parientes y aislada en el mundo. Esta disposición precautoria, se contenía, tal vez, en el pliego cerrado cuya apertura se

aplazaba por el testador para el caso de la muerte de Jesús Montañó.

Este pliego se abrió con las solemnidades debidas, y establecía por sustitutos del niño en aquella pingüe herencia, á Marta Rodríguez y á Santiago Piedra-Buena, como padres adoptivos y protectores únicos de la tierna y abandonada criatura: otro velo caritativo y disimulado, se corría á la vista de esta inesplicable donación. A esta largueza, antidoto cristiano de la avaricia torpe é injusta, se le daba el colorido, en el sagaz preámbulo de la manda, de ser un tributo de admiración y de entusiasmo del opulento millonario, con el cual quería secundar las miras generosas y nobles de la sociedad Económica-Barcelonesa, dedicando como aquellas, á las *pobres gentes del campo* un premio á la virtud.

VIAJE DEL CAPITAN BURTON

Á LOS LAGOS DEL ÁFRICA CENTRAL Y Á LOS MANANTIALES DEL NILO.

Continuacion.

He tomado como porteadores hasta Zungomero algunos de los esclavos del árabe-Saif-Bin-Salín, y el 24 de julio emprendí nuevamente el viaje hacia el O. Después de haber franqueado un torrente bastante profundo penetramos en una extensa selva cuyo aspecto realizaba todo lo que de feo y grotesco puede concebir la imaginación de un viajero europeo. En general parecía un bosque poblado de árboles y de zarzales; por todas partes el horizonte, circunscrito á un estrecho espacio, presentaba una vista triste y monótona. Los puntos del suelo desprovistos de maleza, aparecían cubiertos de yerbas de anchas y afiladas hojas, que se elevaban hasta 12 piés, y que sirven de alimento á los tigres. Había gran número de árboles, rodeados desde su tronco hasta su cima de plantas enredaderas que las trasformaban en espesas columnas de verdura que remataban en forma de nidos de pájaros. El sendero que seguíamos, cubierto de zarzas, embarazaba nuestra marcha por las innumerables lianas que entrelazaban los árboles de un modo tal que formaba un verdadero laberinto. El suelo, sin cesar inundado por las lluvias exhalaba un olor á hidrógeno sulfuroso tan intenso que hubiera podido creerse que debajo de cada mata estaba oculto un cadáver. El cielo, siempre cubierto de nubes, estaba en concordancia, por su color aplomado y lúgubre, con el sombrío aspecto de la tierra. Jamás se goza en aquella desheredada región de un bello día; y por eso las sensaciones que allí se experimentan son constantemente la apatía y la indolencia; la debilidad física y la postración moral. En fin, para que nada falte á este cuadro, veíanse grutas groseras esparcidas aquí y acullá, habitadas por miserables criaturas cubiertas de úlceras y embrutecidas por una embriaguez perpétua... Tal es el espectáculo que se ofrece al viajero desde el país de Khutu hasta el pié de las montañas de Usagara.

Continuando nuestra marcha llegamos el siguiente día á Zungomero, donde fuimos recibidos con gritos de alegría por nuestros porteadores del Unyamwesi y por los dos hijos de Ramji que les escoltaban. Como habíamos tardado, su

vez de dos semanas que ordinariamente se emplean en el viaje, cuatro temian que algun incidente sério hubiera sido la causa de nuestro retardo, por cuya razon su gozo al vernos fué en extremo vivo. Una escena eminentemente africana, una especie de fantasía, sirvió para celebrar nuestra reunion. Cada hombre se dió á correr ahullando y blandiendo su sable en ademán de herir furiosamente á sus enemigos imaginarios. Recordé entonces que se observa un hecho muy semejante en un gallinero, cuando por una circunstancia bastante frecuente se encuentran los pollos atacados de acceso de belicioso ardor.

Lo mismo que en los demás lugares bajos y húmedos de aquella region, el valle de Zungomero, sometido á las continuas alternativas de abundantes lluvias y de un sol ardiente, es en extremo insalubre. La humedad que allí se sufre produce efectos maravillosos, no solo en la salud del hombre, si no en el estado de las diversas sustancias. Todos los instrumentos metálicos se oxidan; el papel se reduce á pasta; la pólvora y los pistones pierden su cualidad inflamable. Situado no obstante en el principio de la extensa encañada que conduce hasta la mar, Zungomero es uno de los principales depósitos del comercio de aquella parte del Africa, y á pesar de la insalubridad de su clima, es el punto de reunion de las caravanas, que van del interior á la costa. Cada semana durante la estacion del trafico, esto es, de abril á junio, pasan por allí miles de hombres. Los mercaderes árabes se alojan bajo sus tiendas por temor á los ratones, gusanos y aun repiles que infestan las cabañas de los naturales, en las que se establecen temporalmente los esclavos armados, arrojando de ellas con violencia á sus habitantes; los simples porteadores campean en torno de estas viviendas. Una de las causas que atraen las caravanas á aquel punto es el bajo precio de los granos, sumamente abundantes, y con los que se fabrica una especie de cerveza muy apreciada por los bebedores. Encuéntrase también en una sustancia narcótica cuya embriaguez hace dichosas á muchas personas. Los ganados y caza son completamente desconocidos, y por consiguiente la carne, la leche, los huevos y la manteca.

Por desgracia para la poblacion no son solo las caravanas que afluyen á Zungomero las que tratan de vivir sobre el pais, sino tambien los aventureros de todas clases, los esclavos que rompen sus cadenas, los criminales fugados, los hombres arruinados por su mala conducta, las personas que convierten el interior del pais en teatro de sus hazañas y aventuras, á fin de evitar la miseria y el castigo, que sin duda encontrarían en la costa. Armados casi todos de mosquetes y provistos de municiones, infunden el espanto y la consternacion entre los desdichados pobladores. Cuando las amenazas y los golpes no son suficientes para que aquellos bandidos consigan la posesion de una casa ó de una mujer, apuntan con la escopeta al que se opone, y esta demostracion es bastante deordinario para obtener la propiedad del objeto que codician. Cuando carecen de dinero se asocian para incendiar una aldea durante la noche y para vender sus habitantes á la primera caravana que acierta á pasar.

Los negros del Khutu no son belicosos, ni tienen como los wazaramo un Sultan que los reuna y mande: son tanto menos inclinados á la resistencia, cuanto que sus opresores se presentan siempre como enviados del Sazzid de Zan-

zibar, quien por el contrario reprueba severamente tales desmanes sin poder evitarlos, porque en ellos son cómplices los diwans y banyans de la costa. Es cierto que las gentes del Khutu podrían pedir una guarnicion de beloutchis; pero tal remedio los expondría á otro género de vejaciones: y por otra parte ¿quién de entre ellos se atrevería á abandonar su familia para ir á solicitar semejante concesion? A su vuelta seguramente no encontraría más que ruinas en el lugar de su habitacion, sino moria asesinado en el camino por los filibusteros advertidos de tal proyecto, ó vendido como esclavo por los wazaramo.

Tal es la situacion de todas las poblaciones africanas entre las que el maldito tráfico de negros ha penetrado. Debemos añadir que, por una justa y natural reaccion del mal contra la opresion los desgraciados negros del Khutu llegan á hacerse insensibles á los buenos tratamientos y extraños á todos los sentimientos de hospitalidad. El viajero que no tiene bastante fuerza ó valor para maltratarlos, para arrebatárselos lo que poseen, será implacablemente rechazado de sus viviendas y no recibirá socorro alguno, aun en caso de extrema necesidad.

A la sola idea de llegar hasta la extremidad del lago, nuestros servidores negros Mabruki y Aombay se pusieron en alarma y la infundieron entre nuestros marineros. Figúranse aquellos que los antropófagos de la comarca, contemplando su apetitoso estado de gordura, no podrían resistir á la tentacion de ponerlos en el asador. No me desalenté sin embargo: ofrecí á los dos jóvenes árabes una cantidad crecida si querían acompañarme; respondieronme que una recompensa diez veces mayor no les decidiría... Quise obligar á Kannena á que cumpliera el compromiso contraído, y cuyo precio había recibido adelantado, pero se enfadó y salió furioso de mi tienda. Los hijos de Maruta me habían ofrecido desde luego escoltarme, pero sin duda hubo de alejarse, pues no volvieron á presentarse... ¡Y para colmo de angustia una úlcera en la lengua me impedía casi hablar! ¡Fuéme preciso tener resignacion! Nuestra partida de Uvira para Ujiji fué fijada para el 6 de mayo. Hé ahí por mi ejemplo como en Africa el viajero que se halla á punto de llegar al término de su excursion se ve de repente detenido por un obstáculo insuperable.

Emprendimos, pues, de nuevo el viaje de regreso por el camino que habíamos seguido ántes.

El 11 de mayo, despues de una tempestuosa noche, durante la cual nuestras embarcaciones estuvieron expuestas á sumergirse entre las furiosas olas del lago, habíamos desembarcado en Wafanya y gustábamos de algunos momentos de reposo á gran precio comprado cuando Mabruki, precipitándose en nuestra tienda, nos despertó bruscamente y entregándome mi sable exclamó que no teníamos un momento que perder, puesto que las tripulaciones volvían á embarcarse. Salí al punto y encontré á nuestra gente en el mayor desorden: apresurábanse los marineros á embarcar sus esteras y marmitas, mientras que un pequeño grupo hablaba con gran animacion en torno de Kannena, y que algunos hombres trasportaban hacia el lago á uno de los nuestros mortalmente herido al parecer. Comprendí al punto que el asunto era grave; y como en semejantes casos los naturales de Ujiji no tienen otra preocupacion que la de refugiarse en sus canoas, sin inquietarse en lo más mínimo por los que se quedan detrás, nos apresuramos á entrar á bordo.

Luego que todos estuvimos embarcados. Kannena, no viendo aparecer ningun enemigo, arengó á sus súbditos, les hizo notar su fuerza numérica, y les animó á hajar denuevo á tierra á pedir satisfaccion al jefe del pais, Kanoni, por el ultraje cometido por sus vasallos. Durante nuestro sueño, un campesino, ébrio sin duda: so habia arrojado en medio de nuestros marineros y descargado palos en todas direcciones. Bombay, una de las víctimas, habia gritado ¡á las armas! y Valentin, perdiendo la cabeza, habia disparado al azar mi carabina sobre la multitud, atravesando la bala el pecho á uno de los nuestros. Por dicha era un esclavo el herido, pues de otro modo hubiera sido desesperada nuestra situacion. Valentin habia sido cercado y estado á punto de recibir una puñalada, habiéndome costado mucho trabajo impedir que Kannena le matase... Por fin el asunto cambió de aspecto, merced á tres cabras que teniamos para nuestro alimento y que pagaron los gastos del suceso, pues los negros, siempre dispuestos á aprovechar la menor ocasion de satisfacer su voracidad, las confiscaron, degollaron, despedazaron y asaron sus trozos pendientes de las puntas de las lanzas, sin pensar mas en Valentin. Tambien el cordero murió y el lobo comió: el inocente sufrió y el ladron gozó: el fuerte mostró su valor y el débil su flaqueza, como sucede siempre en este pobre mundo sublunar.

Mientras que Kannena, al frente de un destacamento bien armado, iba á reclamar al viejo Kanoni el precio de la sangre vertida, y que obtenia bajo la forma de un graso carnero y de una infeliz esclava jóven, visité al herido y le vendé: como podia morir, sin embargo, Kannena me intimó que le entregase á título de garantía el exorbitante numero de 40 piezas de tela, que me serian devueltas en caso de curacion. Sabia perfectamente á qué atenerme respecto de la restitucion eventual, pero me fué preciso ceder, felicitandome todavia de que la víctima no fuese un hombre libre, porque en tal caso ignoro cómo hubiera podido librarme de tan grande apuro. En definitiva, el disparo de carabina de Valentin me costaba próximamente 100 libras esterlinas.

EL BALSAMO DE LAS PENAS

NOVELA ORIGINAL

por Doña Angela Grassi.

Continuacion.

—Oh, dijo Claudio adelantándose y con voz apagada, yo miraré por ellos, yo haré ¡por ellos cuanto pueda!
Y entregó al cura su pobre ofrenda.

Pero en aquel momento, una mano estrechó la suya con efusion, y una voz dulce murmuró en su oido.

—¡Dios os bendiga, Claudio, Dios os bendiga!
Era Genoveva.

Tacitamente habian concurrido á una cita. Sus dos almas se habian comprendido, para volar juntas á la mansion del infortunio.

—Morid en paz, repuso Genoveva; nosotros cuidaremos de ellos, morid en paz!

Claudio sintió estallar su alma de alegria, aquel nosotros tan dulcemente pronunciado, parecia que acababa de eslabonar sus corazones.

—No trataré de pintarte, tierna amiga mia, la desgarradora escena que se pasó, allí! Tambien tu has perdido ¡ay! los objetos de tu cariño; tú tambien has derramado esas lágrimas amargas que solo se derraman delante del lecho mortuario de las personas amadas; tambien tú has oido ese horrible estertor de la agonía, ese postrer gemido que se lleva la esperanza que aun sonreía en el fondo de nuestro pecho; pero tambien habrás experimentado el dulce aliento que infunde la religion al que todo lo ha perdido y habrás visto transformarse tu esperanza mundana en una esperanza sublime, ilimitada; imperecedera, y habrás alzado los ojos al cielo y habrás bendecido á Dios, que si dá al alma la amargura tambien la prodiga sus balsámicos consuelos!

Era ya muy tarde, cuando Claudio y Genoveva abandonaron á la desolada viuda y á los tristes huerfanitos.

Claudio ofreció su brazo á la jóven: la doncella venia detrás.

No pronunciaron ni una sola palabra; pero sus miradas se comprendian.

Cuando llegaron cerca de la casa del banquero, Genoveva estrechó la mano del jóven.

—¡Bendita sea vuestra madre, dijo, que puede vanagloriarse con su dulce título!

—¡Oh bendito vuestro padre, exclamó Claudio con efusion que posee tal hija!

—No, Claudio, no es igual la partida. Vos dais lo necesario, yo doy lo supérfluo. En mi es casi distraccion, en vos es virtud. Y si yo alguna tengo, á vos os la debo! Sé que no podeis comprenderme! ¡No importa, Dios y yo nos entendemos!...

—¡Entretanto, sabed que cada dia crece mas mi admiracion hácia vos, mi admiracion y mi aprecio!...

La jóven se lanzó en el portal. Claudio tuvo que ponerse la mano sobre el corazon, porque sus latidos le rompian el pecho.

Los dias que se siguieron á este, fueron los mas felices que Claudio contó en su vida.

—Pero todo no es placer en el suelo, Luisa mia. Siguiendo el ejemplo del estereoscopo que antes te he puesto, los paisajes cambian con una rapidez inaudita, y á un valle ameno, bañado melancólicamente por la luna, sucede instantáneamente un mar encrespado, cuyas oleadas se levantan hasta las nubes...

Hacia tiempo que se hablaba en la casa de Mendoza de un proyectado viaje á Santander, donde poseian una deliciosa quinta, y como todo llega en este mundo, llegó el dia prefijado para la marcha.

Claudio sintió un dolor sordo en el corazon que lo destrozaba, y aquella mañana se dirigió triste y cabizbajo al escritorio.

En la antecámara halló á Mendoza. Este le dijo un golpecito en la espalda y le dijo sonriendo:

—¡Estoy muy contento de vos; ¡pero trabajais con demasiado exceso! Mañana nos vamos, y hoy comereis con nosotros.

El jóven se puso encendido, y se inclinó profundamente para ocultar su turbacion.

Cuando se sentó en la mesa entre Genoveva y la señora, sus manos temblaban y un sudor frio corria por su frente.

Genoveva estaba triste y meditabunda, casi hubiérase podido creer que participaba de sus emociones.

En cambio, Eugenio, que acompañaba á su futura esposa, estaba mas alegre y mas amable que nunca, proyectando poéticas escursiones en el delicioso pais, que baña las olas de Océano.

Concluida la comida, todos se levantaron de la mesa y se dirigieron al jardin. Habian asistido á este



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

último banquete, algunas jóvenes amigas de Genoveva, y mas alegres y mas coquetas que esta, empezaron á trisca, por todas partes, llamando incesantemente á Eugenio, ya para que les cojera una flor, ya para que las sacase una espina que finzian haberse clavado al arrancar una rosa de su tallo. Genoveva las dejaba hacer: tenia demasiada dignidad para luchar á su vez con las armas de la coquetería, y muchas veces se vió sola y abandonada con Claudio, que apenas se atrevia á levantar los ojos del suelo.

—Yo queria pedir os un favor, le dijo de repente Genoveva. Sé que teneis un hermanito que necesita los baños de mar. ¿Quereis dejarle venir con nosotros? ¿Me gustan tanto los niños! El ava y el mayordomo marcharán pasado mañana ¿Queréis complacerme confiándoselo?

Claudio aturdido balbuceó una escusa.

—Cómo! exclamó Genoveva con tristeza, no me considerais como amiga! Y entre amigos verdaderos, ¿deben por ventura contarse los beneficios? Mirad, Claudio, añadió en voz baja, ¿y si os dijera que solo por él, he aceptado este viaje que me fastidia?

Claudio sintió un estr emecimiento de felicidad tan vivo, que tuvo que apoyarse en un árbol para no caer.

—Claudio, prosiguió Genoveva con una inefable dulzura; los desdichados pronto se entienden, y por eso os profeso un fraternal cariño.

—¡Desdichada vos! exclamó el joven fuera de sí; desdichada vos, cuando faltan solo dos meses para que os unais al elegido de vuestro corazón!

—A vos os hablaré sin rebozo, respondió Genoveva sonriendo tristemente. Eugenio, desde el primer instante, me ha parecido muy digno de ser amado, y me lo parece aun mas en el día, que he podido apreciar las bellas cualidades de su alma, pero ¿qué soy yo en su vida? ¿qué falta hace á su felicidad mi cariño? Si yo no le amase, habria cien razones que le rindieran vasallaje. ¡Oh, no es esto lo que yo habia soñado! Yo siento una viva necesidad de proteger, de consolar, de ser útil y necesaria hasta cierto punto, al sér querido! Yo no amo por vanidad, Claudio, y no ambiciono el aplauso del mundo; yo no amo por egoísmo, y me entristece recibir y no poder dar nada en cambio de lo que recibo! Yo no sé si habrá exajeracion en estas ideas, pero lo que sé es que mi alma, no mi fantasía, no está satisfecha, y que ese amor deja un profundo vacío en mi corazón! Por eso á veces os habré parecido distraída. Es que siento una cosa en el alma, de la cual no acierto á daros cuenta.

Genoveva calló, y Claudio, embriagado por una desconocida emocion, no intentó romper el silencio.

—¿Habeis amado alguna vez? preguntó de repente la joven, saliendo de su abstraccion.

—¡Oh, no! dijo Claudio ruborizándose.

—Entonces, no podeis comprender lo que siento; no podeis comprender la lucha de mi alma. Pero yo procuraré encadenar mi fantasía, procuraré no dejarme arrastrar por la sensibilidad de mi corazón... Mirad, hace un cuarto de hora que se ha ido... ¿Son celos los que tengo? No, porque creo firmemente que me ama... Obra así porque le hostigan; pero yo, sin pensar en ello, alargó las riendas al noble alazán, para que se lance á la carrera...

Genoveva calló de nuevo.

Anduvieron largo tiempo en silencio. Por fin la joven se detuvo delante de un hermoso rosál, cogió la flor mas hermosa, y se la dió á Claudio.

Luego pareció arrepentirse.

—¡Oh! dijo ruborizándose, no os la doy por despique, no, pero vos no teneis quien os regale flores, pobre Claudio, y me complazco en ofrecéroslos! ¡Ah, tampoco queria decir

esto, añ dió turbándose, perdonad, esta tarde estoy muy torpe!

—¡Oh, uo, no; teneis mil veces razon! exclamó el joven conmovido. Soy pobre, oscuro, desprovisto de gracias físicas, y todos me abandonan; pero ¿qué importa? ¿qué me importa, si he merecido vuestra amistad, si desde vuestra altura no os desdeñais de echar sobre mí una mirada compasiva? Gracias, señora, gracias; desde este instante, esta pobre flor será mi único tesoro, el talisman que me consuele en las borrascas de la vida!

Al hablar así, el fuego del corazón encendió las pálidas mejillas de Claudio. Genoveva le miró sorprendida. Le pareció hasta hermoso, porque no hay hermosura que iguale á la que comunica al rostro el sentimiento.

Pero el tímido joven se avergonzó de su arrebató. Dejó caer la cabeza sobre el pecho, y cerró los ojos, para apagar las llamas de entusiasmo que arrojaban sus pupilas.

—¡Oh! murmuró en voz baja; he crecido solo, he vivido solo! ¡Hasta ahora nada preocupaba mi pensamiento, mas que la necesidad de hacer frente á las necesidades de mi familia! Porque yo he sido jefe de mi familia, señora, desde la edad de diez y ocho años. Deciros cómo he podido sostenerla, fuera muy prolijo. He hecho un poco de todo, menos cometer bajezas, porque me ha enseñado mi padre, que el honor importa mas que la vida. ¿Qué dias pasados en medio del desaliento y la tristeza! ¿Qué noches, entregadas al insomnio y al desconsuelo! Y mis dias bonancibles ¡ay! mis dias bonancibles eran aquellos que veia transcurrir, amarrado al duto yunque de un trabajo material, ya detrás del mostrador de una tienda, ó entre el escaparate de cristales de un memorialista! ¡Porque todo esto he sido, y todo esto lo proclamo con orgullo, porque por la noche llevaba pan, aunque negro, á mi desdichada familia! ¡Qué de amargas lágrimas, que nadie enjugaba! ¡Qué de dolorosos suspiros tenia que encerrar dentro de mi pecho! ¡Me preguntais si he amado? ¡Cómo, señora! Yo que pasaba las noches luchando contra la fiebre; yo, que me levantaba por las mañanas débil y anquilado; yo, infeliz, sin porvenir y sin esperanza, ¿cómo queriais que fuese á ofrecer á un sér bueno y compasivo, mi decrepita juventud marchitada por los pesares? ¡Cómo habia de atraer hacia mí á un alma sensible y amante, para darle participacion en las amarguras de mi vida? No, no he amado, no! Los condenados no tienen derecho para mirar al cielo! Pero no es porque no haya soñado con el amor; no es porque no haya sentido estremecerse todo mi sér á la sola idea de esa comunión de dos almas, que se juntan para gozar anticipadamente en el suelo de las delicias de los ángeles! En las tétricas noches de invierno, sin fuego con que calentar mis aterrados miembros, á veces sin luz con que alumbrarme, y al compás de las canciones de mi abuela, y de la lluvia que golpeaba los cristales de mi ventana, yo dejaba volar el alma morced á su alvedrío, y ella se embriagaba con deliciosos sueños! Pero cuando soñaba así, yo no era pobre, feo y desdichado como ahora! Era hermoso y rico, y colocaba, por el contrario, el ángel de mis sueños en ese estado de luchas y privaciones, y me complacia en arrancarla de él, y labrarla un porvenir brillante, porque á mi tambien me entristece la idea de recibir y no dar nada en cambio de lo que recibo! ¡Y los momentos en que soñaba así, eran mis únicos momentos de felicidad en el suelo; pero luego un gemido de mi hermano, un suspiro de mi madre, mellanaban de nuevo á la realidad triste y desolada! ¡Tengo treinta años! ¡Mirad las arrugas de mi frente, las hebras de plata que matizan mi cabello! ¡Ay, he sufrido mucho! ¡Pero bendigo á Dios, señora! ¡Bendigo á Dios, porque aunque con mucha estrechez, hemos podido guardar hasta ahora las apariencias de la de-

cencia; le bendigo, porque me ha traído á vuestra casa, que es mi puerto de salvacion, y os ha inspirado esa palabra de bondad, que me hace olvidar todas mis pasadas amarguras.

Claudio calló, y ambos anduvieron largo tiempo en silencio.

Pasaban por una senda estrecha, cubierta con los follajes de verdura de los árboles que se entrelazan. Los pajarrillos cantaban escondidos entre las ramas; la brisa era suave y perfumada; los rayos del sol se deslizaban aquí y allá entre la hojarasca, y brillaban sobre la yerba como topacios.

La senda hacia una subida bastante rápida, pues guiaba á un mirador rústico.

Genoveva entrelazó con Cándida confianza su brazo al de Claudio, y era ya tarde cuando pudo advertir que ambos se estremecían con una emocion desconocida. Entonces no se atrevió á soltarle.

Llegaron al mirador.

Desde allí se dominaba el campo y el jardín.

Eugenio se hallaba junto á la fuente, y se divertía en hacer maniobrar los juegos de agua, y mojar á todas aquellas jóvenes, que como una bandada de palomas, huían al divisar las hebras cristalinas, que despues de formar pirámide, caían como una menuda lluvia sobre la arena.

Los ojos de Genoveva se inundaron de lágrimas. Claudio tuvo que bajar los suyos, para ocultar el fuego del alma que reverberaba en ellos.

—¡Ay! murmuró la joven con tristeza; Dios ha creado almas hermosas; pero ¡ay de ellas si se buscan y no se encuentran! ¡ay de ellas si se encuentran tarde!

¿Qué quería decir Genoveva con esto? ¿Cuál era su secreta idea? Claudio no se entretuvo en pensarlo; solo sintió que un suave calor descendía á su corazón, y que desde aquel instante renacía á nueva vida.

Eugenio los vió desde abajo, y dejando reposar tranquilamente las aguas en el fondo del estanque, y abandonando su pequeña corte de ninfas, corrió á buscar la senda cubierta, y en menos de dos minutos se halló en el mirador.

Llevaba una porcion de florecitas en el ojal de su frao.

Los ojos de Claudio y Genoveva se encontraron, y ambos se comprendieron.

—Por fin os he hallado, señores prófugos, dijo Eugenio con su acostumbrada alegría.

—¡Ah! murmuró Genoveva, el prófugo fuisteis vos.

—¿De veras? exclamó Eugenio poniéndose sério. Sin embargo, yo no soy dichoso mas que á vuestro lado. Pero tengo el génio vivo, y á veces, me distraigo.

—Bajemos, dijo Genoveva mudando de conversacion.

Eugenio la ofreció el brazo.

—No, dijo la joven sonriendo; no es bien que abandone ahora, al que me ha permanecido fiel en mi desamparo.

Y enlazó su brazo al de Claudio.

—Sea dijo Eugenio entre triste y alegre, conozco que os he ofendido, conozco que soy culpable, y acepto el castigo en espiacion de mi delito.

Y los siguió en silencio.

Pero cuando dejaron atrás la sombría alameda y llegaron al sitió donde se hallaban las jóvenes, ya no se separó un instante del lado de Genoveva.

Llegó el momento de la despedida.

Mendoza abrazó cordialmente á Claudio, y le dió sus últimas instrucciones.

Genoveva le llamó, y cogiéndole la mano, le dijo coespansiva ternura:

—No t abajeis demasiado, cuidad de vustra salud, procurad reponeros de los sufrimientos pasados, y si os puede servir de consuelo, saber que hay quien ruega á Dios por vuestro bien, no olvideis que me intereso por vuestra felicidad, y se la pediré todos los dias!

Claudio no contestó; pero sus ojos se iluminaron con una luz divina. ¡Ah si no fuera por estos momentos de felicidad, que son, un siglo para el corazón que acierta á saborear todas sus dulzuras, la vida seria una cosa muy triste y descolorida!

Los primeros dias que se siguieron á este, Claudio estaba preocupado; pero la espresion de su fisonomia era dulce y apacible. Habia un corazón que le amaba fuera del circulo de su familia; ¿podia desear mas él pobre, el desdichado él sin atractivos?

La maliciosa Virginia habia observado que todas las mañanas cuando salia, depositaba un beso respetuoso sobre una cajita de palo de rosa, que habia pertenecido á su padre, y que repetia la misma operacion por la noche antes de acostarse.

Un dia con su curiosidad de muger, quiso ver lo que contenia la misteriosa cajita, y se escondió tras las vidrieras de la alcoba para conseguirlo.

¡La caja contenia una rosa amarilla y deshojada!

Pasóse cerca de un mes. Las mejillas de Claudio habian adquirido un ligero carmin, y Lorenza decia con orgullo á sus otros dos hijos.

—Pero no veis ¿No veis que guapo es ahora vuestro hermano? ¡Ah bien lo sabia yo, que parte de su fealdad consistia en sus penas!

A pesar de todo, Claudio no se habia decidido á aprovecharse del ofrecimiento de Genoveva con respecto á su hermano. Su timidez era uno de sus mayores defectos, el otro era su orgullo.

Los ricos, por buenos y caritativos que sean, nunca comprenden en toda su estension las necesidades de los pobres. Acostumbrados á la abundancia, no preven que pueden carecer hasta de lo mas precioso, por insignificante que parezca, y Genoveva con su bondadoso anhelo de hacer el bien, no habia pensado, que aparte de los gastos del viaje, hay otros mil gastos de equipo y de regalos, de los cuales á la orgullosa clase media le es imposible prescindir.

Claudio y su madre conferenciaron largo tiempo, y por último el aya y el mayordomo partieron solos.

—Ahorraremos, decia Lorenza, y antes que se acabe el tiempo de los baños, hallaremos alguna otra proporción para enviarle con esos bendados señores.

Nicolás nada supo de todo esto, para evitarle un nuevo sufrimiento, porque el niño tenia un carácter sumamente impetuoso, á medida que adelantaba en edad, tomaban sus pasiones un incremento terrible. Aun se resignaba, aun devoraba en silencio sus contrariedades; pero bien demostraba en su semblante que rugía en su interior un volcan, sofocado todavia por la piadosa educacion de que habia recibido y por el ejemplo de sus hermanos; pero no era difícil preever, que cuando estallase, nada en el mundo bastaría ya á atajarle. Revelábase en la cosa mas pequeña; si su hermana tardaba algunos minutos en darle lo que pedia, sus manos se crispaban y sus ojos arrojaban llamas; si su madre le hacia alguna reflexion, se clavaba las uñas en el pecho hasta hacerse brotar sangre.

Por lo demás su corazón era noble y generoso, capaz de llevar su generosidad hasta el heroismo, solo que su alma era de aquellas almas enérgicas y altivas, que se quiebran en un momento dado, para que su muerte sea útil á alguno; pero que no pueden doblegarse á ese sacrificio constante de todas las aspiraciones de la vida.

A veces su madre le contemplaba en silencio y murmuraba meneando tristemente la cabeza:

—¡Ojalá que el ángel de la guarda, nunca deje de cubrirte con sus alas...!

Como te he dicho, habíase pasado cerca de un mes desde la marcha de la familia de Mendoza, cuando una mañana estando todavía Claudio en la cama, entró Virginia triunfante, trayendo una carta en la mano,

—Será de nuestro bienhechor, dijo la joven con una emoción, que en vano trataba de disfrazar.

Porque Virginia también tenía su pequeño secreto, su pequeña novela, que se había forjado mientras cosía. ¡Quién no la tiene en este mundo, si es una necesidad del alma! Virginia soñaba con Eugenio.

Bien es verdad que era casi, el único joven, á quien en su modesto retraimiento había tratado. Ya sabía que era el prometido esposo de Genoveva, ya sabía que jamás podría fijarse en ellas; lejos de eso la abrumaba con la mas completa indiferencia; pero en su necesidad de pensar en alguien, pensaba en él y se sentía dichosa. Los hombres no comprenden esto; pero la mujer nacida esclusivamente para amar, impotente para buscar por si misma, quien la haga experimentar tiernas comociones, se entrega en el silencio de su retiro, á eóos rasgos y fantásticos en sueños. que reemplaza unos con otros, hasta que se estingan con la edad, ó algun ser bueno y amante se presenta á realizarlos.

Claudio tomó la carta, y se llevó la mano al corazón como si espermentese un dolor agudo. La carta era perfumado, y asista per mano de mujer.

El joven no se atrevía á cubrirla.

—Qué esperas? dijo con impaciencia su hermana.

Claudio rompió la nema, y buscó con avidez la firma.

Era de Genoveva.

He aquí lo que le decía.

«A buen amigo: ¿bue es esto? se ha roto ya la alianza que formamos los dos, el día de mi partida ¿Es esta la prueba de buena amistad que teníamos derecho á esperar de vos? Ha venido el mayordomo, y no ha traído á vuestro hermano ¡También vos nos abrumais con vuestro desden ó vuestro olvido!

No os escribo yo sola: os escribo en nombre de mi padre.

La temporada de los baños se concluye, y es por cierto una crueldad que priveis á vuestro hermanito de sus beneficios.

En castigo pues de vuestra morosidad, os ordenamos que vengais vos mismo acompañándole, sopena de incurrir en nuestro mas alto desagrado.

Aquí hallareis muchos conocidos. Está D. Pedro de la Gámbara, y Nicasio Asturo, vuestro preceptor en literatura,

Y vos que haceis, ¿mi buen amigo? trabajais mucho? estais tan triste como siempre? tomáis aun parte en los inocentes amores de las flores y las mariposas? No me contesteis á nada de esto, porque quiero oír de vuestros lábios la respuesta.

Saludad en mi nombre y el de mi padre, á vuestra señora madre y á nuestra hermana. Cuando vuelva á Madrid, quiero concederlas. Entre tanto, decidlas que las apropia, su amiga Genoveva.

Esta carta no podía ser mas indiferente. Sin embargo se raslucia en ella cierta ternura, cierto abandono, que complació en extremo á toda la familia, y que elevó á tal grado la plicidad de Claudio, bue durante los tres dias que precedieron á su partida, mostró una alegría tan franca, como nunca se había retratado en su pálido semblante.

Lorenza durante aquellos habia hecho sus pequeñas

economías, y pudo al fin ser satisfecho el mas ardiente de sus ojos y los grupos de árboles que iban huyendo á lo largo del camino.

Para él los tres dias de viaje, fueron tres dias de delicias, y al llegar á Santander, pudo andar apoyado en el brazo de su hermano, sin el auxilio de las muletas.

Claudio se detuvo lo menos posible en la fonda donde pararon, y guiado por un mozo, se dirigió á la linda casa de recreo, propiedad de su principal.

Esta se hallaba situada estramuros de la ciudad, en medio risueño paisaje: y á la misma orilla del mar.

Las olas iban á besar respetuosamente sus cimientos, y altos sauces entrelazados, formaban sobre su azotea un pabellon de verdura.

Delante de ella se extendía una basta alfombra matizada de flores; detrás se abrazan gigantescos peñascos, coronados de pinos formando el mas bello de los contratantes. Y la casa, y la casa oculta entre el ramaje, parecía á lo lejos una blanca campanilla, que se balancea sobre la grama.

Claudio con el corazón palpitante se dispuso á entrar en el vestíbulo, cuando un grito de supremo júbilo resonó detrás de él volvíse precipitadamente, y vió á Genoveva que estaba sentada sobre una roca con un libro en las manos.

Por un instantelos dos jóvenes permanecieron inmóviles; pero luego corrieron uno hácia otro, y Genoveva tendió su mano á Claudio, que este estrechó con vivísima emoción.

—Seais bien benido, dijo Genoveva procurando dominar el ligero temblor de su voz, seais bien venido, ¡Cuanto se alegrará mi padre de veros! cuanto se alegrará también Eugenio! Y vuestro hermanito!

Claudio se ruborizó. En su aturdimiento habia dejado al pobre Nicolás en medio del camino, y este no pudiendo sostenerse de pié, se habia apoyado en el tronc de un árbol.

Genoveva corrió hácia el niño, y le estrechó entre sus brazos.

—Vais á tomar baños, le dijo y vereis como os devuelven las perdidas fuerzas! Cuan bello es! repuse con condorosa expansion. ¡Oh no importa que lo diga, añadió turbada, porque yo puedo ser casis madre!

¡Pero estareis fatigados! ¡Vamos adentro! os presentaré á mi buen padre, y hare que os dén de almorzar. Tomad mi brazo, pobre niño, quiero reemplazar á vuestro hermano, y ser hoy vuestra providencia.

Y Genoveva dió sonriendo el brazo á Nicolás, el cual procuró animarse á su contacto.

Genoveva llevaba un vestido blanco y un delantal azul cuyas largas cintas, despues de rodear su talle flotaban por detrás á lo largo de la falda, y en la cabeza un sombrerito de paja, para defenderse de los rayos del sol.

El calor, y tal vez la emoción, habian hecho salir los colores á su rostro, y sus ojos deslumbaban por su imitado brillo.

Estaba encantadora.

Claudio fijó timidamente sus ojos en el suelo, y la siguió cabizbajo. Parencia no atreverse á mirarla.

Nicolás por el contrario fijó en ella los suyos con arrogancia y durante todo el camino buscó con una tenacidad invencible las miradas de la joven.

Entraron en la casa, y en la sala baja, que servía de comedor.

Mendoza y la señora, instalada desde un principio en la casa, jugaban al eterno tresillo. Eugenio leía los periódicos, Nicasio estaba tendido en un divan y parecia dormir.

Editor responsable, D. MANUEL MARTINEZ.

MADRID.—Imprenta de la CRÓNICA DE AMBOS MUNDOS, á cargo de R. Berenguillo, Magdalena, 38, principal.